

E
BE
S

522.12







DA
A

COLECCIÓN
DE
FÁBULAS Y VARIAS COMPOSICIONES

ESCRITAS POR

D. Vicente Mugarde,

Y CORREGIDAS Y AUMENTADAS

POR

D. Federico López González,

Profesor Normal y Director de la Revista profesional

LA ASOCIACION.



VALLADOLID:

IMPRESA, LIBRERIA, HELIOGRAFIA Y TALLER DE GRABADOS
DE LUIS N. DE GAVIRIA
Angustias 1 y San Blas 7

1890,

0.153263
2.125521

Es propiedad de D. Federico
López, quien perseguirá ante la
Ley al que la reimprima sin su
permiso.

Queda hecho el depósito que
marca la Ley.



R. 95261



PRÓLOGO.

No la idea del lucro, sí el nobilísimo propósito de dar á conocer, por sus escritos, á uno de nuestros mejores *Fabulistas*, es lo que nos ha impulsado á tomar la propiedad de esta *Colección de Fábulas*, y otras varias composiciones, escritas por nuestro querido y malogrado amigo y compañero D. Vicente Nugarde.

Las damos á la estampa después de algunas innovaciones, que hemos creído necesarias, suplicando benevolencia á nuestros que-

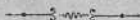
ridos compañeros y sus estimados discípulos, si no resultasen tales como unos y otros merecen, al tener el atrevimiento de ofrecerles este nuevo libro, en donde suponemos encontrarán sanos principios de moral y lectura aménisima, que distraerá á los primeros en sus ratos de ocio, y servirá á los segundos de guía seguro para el exacto cumplimiento de sus deberes.

Federico López.





INTRODUCCIÓN.



Á MIS QUERIDOS HIJOS.



Gozosos me pedisteis
hace ya días
que en rimas publicase
mis fabulillas,
con el objeto
preciso de aprenderlas,
leyendo en verso.



Y aunque yo de poeta
no tengo fama,
pues las musas me niegan
sus bellas gracias,
acepté al punto
sólo ante el buen deseo
de daros gusto.



Después de cien vigiliass
y mil rodeos
para unir las palabras
en varios metros,
tales trabajos
he visto con sorpresa
ya terminados.

—
En los breves renglones
donde se estampan
encontraréis, de fijo,
bastantes faltas;
pero entre ellas
también veréis algunas
cosas muy buenas.

—
Notaréis que abomino
severo el vicio,
así se halle en los grandes
como en los chicos;
y en mi censura
propongo el correctivo
que le destruya.

—
A todas las virtudes
doy alabanza,
ya estén en los palacios,
ya en las cabañas,
y siempre anhele
que de ellas en la vida
toméis ejemplo.

—

Es posible que muchos
mal humorados
digan que con mis fábulas
les doy mal rato;
mas no me arredra,
si, con ellas, consigo
que hallen enmienda.

—
Con tales condiciones
os las dedico
como las veis trazadas
en este libro:
ahora vosotros,
aprended sus consejos,
y no hacéis poco.



FÁBULA I.

Andrés, muchacho imprudente,
Pegó palos á un pollino,
Y éste con fuerza y con tino
Le dió una coz en la frente.

Lloró el niño; y un anciano,
Que le contemplaba atento,
Le dijo: escucha un momento
Mi consejo útil y sano.

«El que á otro ofender intenta
»Con los hechos ó el lenguaje,
»Se infiere él mismo un ultraje
»Que le abochorna y afrenta.»

*Que cual bolas del billar
Todos nuestros actos son:
Chocan.... y por reflexión
Vuelven á nos á parar.*



FÁBULA II.



JAUJA.



—Dígame usted, madre mía:
¿Es cierto que existe Jauja,
En la cual viven los niños
Con la mayor abundancia
En suntuosos palacios
Tallados con arte y gracia
Sobre topacios y perlas,
Amatistas y esmeraldas,
Y que para enredar tienen
Juguetes de oro y de plata,
Incrustados con brillantes,
Rubíes, granate y nácar?
¿Es cierto que allí á los niños
Nunca á la Escuela los mandan,
Pues saben perfectamente
Todas las ciencias humanas,
Y en vez de gastar el tiempo
En asistir á las aulas
Le emplean en diversiones
Que son las que les agradan?
Diga usted, madre querida:
¿Será verdad que á bandadas

Al niño se van las aves
En seguida que él las llama,
Y sin temor ni zozobra
En derredor suyo cantan
Lo mismo al venir la noche
Que cuando despunta el alba?
¿No respondéis, madre mía,
O estáis conmigo enojada
Por que perdí mi cartera
Anoche al volver á casa?

—No, queridín, continúa:
Al escuchar tus palabras
Llenas de amor y ternura,
Me sentí como extasiada
Y esperaba contestarte
En seguida que acabáras:
Dame un besito.... y prosigue
Tu narración empezada.
—Bien mamá: lo haré con gusto;
Escuche usted:
—Bueno: habla.

—Deseo saber si es cierto
Que en la tal ciudad de Jauja
Comen, sin cesar, los niños
Golosinas delicadas,
Pues me dijeron los chicos
Cuando esto ayer me contaban,
Que llueve diariamente
Flanes, turrón, empanadas,
Almendras y caramelos,
Confites y mantecadas,

Pasteles, miel y rosquillas,
Bizcochos de Santa Clara,
Mazapanes y merengues.
Azucarillos y tartas.

Y me decían también:
Que si al ir un niño á casa
No llevaba la cartera
Por que la perdió en la plaza,
O iba roto, ó descosido
O con la ropa manchada,
Que no por eso su madre
Con él estaba enfadada,
Ni le reñía tampoco
Ni jamás le castigaba,
Si no que por el contrario
Más le quería y mimaba.

Con esto ya he concluido:
De modo que sólo falta
Que diga usted lo que sepa
De estas cosas que me encantan;
Y si resulta ser cierta
Mi explicación lisa y llana,
Tomamos mañana el tren
Y nos vamos sin tardanza
A disfrutar para siempre
De vida tan regalada.

—¡Sublime! exclamó la madre
A tiempo que le estrechaba
En su maternal regazo
Y de besos le colmaba:
Si tu buen padre viviera

Y un momento te escuchára,
Cual yo, lleno de alegría,
En este instante llorára:
Ahora voy á contestarte
A tus pretensiones cándidas.

Desde el principio del mundo,
Según la historia relata,
Creó el Hacedor divino
Una celestial morada
Donde colocó amoroso
La dicha inefable y santa
Para que la goce el niño
Que en Él cree, espera y ama.
Dichoso el que va aquel sitio,
Pues, nada más entrar, se halla
Circundado de la gloria
Que de Dios pródigo emana.

Lo que has referido es poco,
Muy poco, si se compara
Con la inmensidad de bienes
Que allí disfrutaban las almas.

—Mamá ¿y cuál es el camino
Que conduce á dicha estancia?
Porque ya estoy impaciente
Por emprender la jornada;
Y aunque tenga que ir á pié,
Iré; nada me acobarda.

—El camino que va recto
Es aquel que Dios señala,
Conocido con el nombre
De la *perfección cristiana*.

«El niño, que es virtuoso,
»Y del vicio se separa,
»Conseguirá eternamente
»Ir á la ciudad de Jauja,
»Que no es otra, hijo querido,
»Que la Bienaventuranza.»



FÁBULA III.

LA RANA Y EL RUISEÑOR.

Un ruiñeñor parlero
cierta mañana
meciéndose en un lirio
dijo á una rana:
me causa pena
al oir cuán ingrata
tu voz resuena.

Cuando mi pequeñuelo
yace dormido
en las menudas plumas
del blando nido
y oye tu canto,
suspira con ternura
lleno de espanto.

Los trinos armoniosos
dulces y suaves
con que á Jove saludan
todas las aves,
quedan perdidos
ante las feas notas
de tus graznidos.

Entre los que hoy habitan
estas riberas,
desde el pequeño insecto
hasta las fieras,
no hay bruto alguno
que sea á todas horas
más importuno.

De modo que callada
debes estarte
ó lejos de este sitio
puedes marcharte,
porque presiento
que expire en la garganta
tu ronco acento.

La rana que escuchaba
tanta lindeza,
salió del charco y dijo
con ligereza:
di, presumido,
¿con que tal daño causa
mi pobre ruido?

Cuando al excelso Jove
plugo criarme
y de voz tan extraña
quiso dotarme,
muy bien sabría
lo mejor que en la vida
me convendría.

Yo canto alegre ó triste
con este tono
y mis cántigas suben
hasta su trono,
de igual manera
que suben fervorosas
las de cualquiera.

Mas ya que te interesa
quede yo muda,
antes que eso suceda,
tengo una duda,
la cual espero
resolverá tu juicio
con recto esmero.

¿Será acaso que quieras
que se oigan sólo
tus sublimes gorjeos
de polo á polo,
como si fueras
el trovador insigne
de las esferas?

¿O piensas que mereces
ir á un palacio
á cantar entre jaulas
de oro y topacio
y á dar lecciones
á otros cien pajarillos
con tus canciones?

¡Ay! cuánto te equivocas,
pobre avecilla,
si crees que tus gracias
son maravilla:
hay ruisseñores
notables por su fama
como cantores.

—
Tú serás de las flores
la compañía
y aspirarás su aroma
de noche y día:
yo, de los niños,
seguiré recibiendo
gratos cariños.

—
Y pues que cada uno
su misión llena,
no hay por qué diga nadie
que otro le apena:
que es gran consuelo
aguantarse la suerte
que nos da el cielo.


—
De modo que callado
debes estarte
ó lejos de este sitio
puedes marcharte;
si no, el reposo
huirá de tu nido
por orgulloso.

*Los méritos ajenos
nunca rebajes;
y si reprendes, hazlo,
pero no ultrajes:
que está probado,
que todo el que se ensalza
será humillado.*



FÁBULA IV.

EL PADRE Y EL HIJO.



Antonio el menestral sólo vivía
Con su progenitor pobre y honrado,
Y dichoso y feliz con él partía
El pan y el lecho con filial cuidado.

Algunos años de placer inmenso
Disfrutaron los dos tanta ventura,
Sin que de la desgracia el golpe intenso
Viniera á darles pena y amargura.

Los dos cumplían con afán prolijo
Ese deber sublime á que convida
La recíproca ley al que es buen hijo
Como á aquel ser que le infundió la vida;

Mas como aquí no hay bien que sea eterno
En el alto lo mismo que en el bajo,
Antonio, en medio del glacial invierno,
Se quedó sin jornal y sin trabajo.

Desde aquel día en que el destino loco
Le privó del sustento cotidiano,
La salud y las fuerzas poco á poco
Fueron faltando al respetable anciano.

Hasta que al fin sintióse acometido
Por la fiebre cruel y formidable

Y en el lecho común cayó abatido
Aquel cuerpo enfermizo y deleznable.

El hijo cariñoso que veía
De su padre el agudo sufrimiento,
Supuso, y con razón, que se moría
Sin que él pudiera darle ni el sustento;

Y queriendo amenguar la honda tristeza
Y acabar de una vez con este apuro,
Se acordó que hay asilos de pobreza
Dónde el enfermo encuentra el pan seguro.

Con abundantes lágrimas bañado
Y abrazando á su padre entre su pecho,
Cargó con él y caminó agitado
Para llevarle al hospital derecho.

Lamentando el rigor de su destino,
Al llegar á una casa humilde y vieja
Que había en la mitad de aquel camino,
Se puso á descansar ante la reja.

Descansemos tranquilos aquí un rato,
Dijo el anciano: en tanto, de una historia
Te contaré el tristísimo relato
Que aún recuerda mi feliz memoria.

«Cuando yo mismo al Hospital llevaba
»Hace treinta años á tu pobre abuelo,
»También en este sitio descansaba
»Lleno de amor y de filial consuelo....»

Antonio que escuchó lleno de asombro
La narración de tan horrible asunto,
Cargó otra vez con el enfermo al hombro
Y hacia su casa encaminóse al punto,
Dispuesto á no dejarle sin abrigo

Y sin pan en los días de su vida,
Aunque tuviera que ir como un mendigo
Para implorar la caridad debida.

*Pues llegó á comprender perfectamente
Que Dios tiene á los hijos prometido
Un proceder, igual exactamente,
Al que ellos con su padre hayan tenido.*



FÁBULA V.

EL ENFERMO Y EL MÉDICO.

Señor doctor, hace días
Que yo me siento muy malo,
Y si usted hoy no me cura
Me muero sin remediarlo.

Créame usted: yo no puedo
En la cama estar echado,
Pues no bien cierro los ojos
Para buscar el descanso,
Me asaltan aterradores
Fantasmas patibularios,
Que quieren estrangularme
Como si fuera un villano:
Y cual un nuevo Caín
Me encuentro tan excitado,
Que no disfruto un momento
De ventura en ningún lado.

Esto al médico decía
Un prestamista usurario
Dando vueltas en el lecho
Intranquilo y angustiado.

Lo siento, exclamó el doctor:
A ver, déme usted la mano
Para observar si hay en ella
La pulsación de ordinario.

—¿Le duele á usted la cabeza?

—Sí, señor, me duelo tanto,
Que me parece que en ella
Me están pegando golpazos.

—¿Tiene usted mucho apetito?

—No pruebo casi bocado,
Y sólo tomo á menudo
Agua de naranja y caldo.

—Y á qué causas atribuye
Su enfermedad?

—A un mal rato
Que recibí de un bribón
Tramposo y mal ciudadano.

—De qué manera fué eso?

—De la siguiente: un verano
Di á un labrador muerto de hambre
Cuatro mil duros fiados,
Por el módico interés
Del noventa y cinco al año,
Con escritura de retro
Otorgada ante Notario:
Pasó el tiempo, y no pagó
El rédito estipulado,
Y con eso el capital,
Con el rédito sumado,
Se elevó bonitamente
De un modo centuplicado;
Y no pudiendo abonarme
Al finalizar el plazo,
Yo me cargué con las fincas
Que me había hipotecado,

Y él se vió libre de deudas
Pero se quedó arruinado.

Desde entonces, le contemplo
Muchas veces á mi lado
Cabizbajo, pensativo,
Con el rostro demacrado,
Suplicando una limosna
Todo cubierto de andrajos:
Y él, su mujer y sus hijos
Me dicen desconsolados
Que yo los he sumergido
De la miseria en el caos...

—Basta, le dijo el doctor:
Por lo que usted ha explicado
Deduzco perfectamente
La gravedad de su estado.
El fatal remordimiento
Le persigue á no dudarlo,
Y la fiebre abrasadora
En breve le irá acabando.

*Si usted ama la existencia
Y quiere estar gordo y sano,
Debe ajustar su conciencia
A los deberes cristianos,
Que califican la usura
Como un robo consumado.*



FÁBULA VI.

PERO-GRULLO.

Unos traviesos chiquillos
Que seguían al tío Bruno,
Le pidieron que contára
Un cuentecillo á su gusto;
Y el tío Bruno presuroso
Los colocó en torno suyo
Y con sencillo lenguaje
Empezó así su discurso:
Habéis de saber, queridos,
Que el año cuarenta y uno
De la egira en que Mahoma
Computó el tiempo en el mundo,
Nació en un pueblo de España
Un niño, que apadrinaron
Conforme era entonces uso
La Giralda de Sevilla
Y el Papa-moscas de Burgos,
Al cual pusieron el nombre
Insigne de Pero-Grullo.
Este tal desde pequeño
En las letras era ducho,
Pues jamás faltó al colegio,
Como faltan ciertos tunos,
Y llegó á ser en seguida

Un escritor tan fecundo
Que dejó grabado en bronce
Y en estilo grave y culto
Los aforismos que se usan
Entre la gente del vulgo,
Y que dan hartó que hacer
A los hombres más sesudos.

—¿Y qué aforismos son esos?

—Cada día hacia muchos,
Pero yo sólo conservo
Hoy en la memoria algunos.

—Que los diga.

—Que los diga.

—Tened silencio, importunos,
Porque si seguís así
Haciendo tanto barullo,
Con un palmo de narices
Os quedo á todos al punto:
Conque... chitón, señoritos,
Que doy comienzo á mi asunto:
«Desde hoy caerá el estío
»Solamente en el verano,
»Y entonces el provinciano
»Sentirá calor ó frío.
»Vendrá tras Diciembre, Enero,
»Y Agosto antes que Septiembre:
»Seguirá á Octubre Noviembre
»Y Marzo al mes de Febrero.
»Las niñas, de los muchachos
»Siempre se distinguirán,
»En que las unas serán

»Hembras, y los otros machos.

»El vino se hará con mosto:

»La enferma no estará buena:

»Serán seis, media docena

»Y lo ancho no será angosto.

»Cuando llueva caerán

»Siempre hacia bajo las aguas

»Y los que no usen paraguas,

»Sin duda se mojarán.

»Quien se queme, observará

»Que la lumbre es muy caliente:

»Y aquel que beba aguardiente

»Húmedo lo encontrará.

»Y en fin: verá aquel que viere:

»Oirá el que no esté sordo:

»Será flaco el que no es gordo:

»Y andará quien pies tuviere.»

— Jesús, y cuánta mentira

Ensarta V., dijo uno.

— Esta es grilla, camaradas,

Exclamó luego un segundo.

— ¿Y esos, añadió un tercero,

Son los escritos profundos

Que Grullo quedó grabados

En prueba de sus estudios?

Y poco á poco después

Tomando cuerpo el tumulto,

Todos á la vez gritaban

En desconcierto confuso:

— Vaya un cuento, caballeros.

— Parece un cuento perruno

—Esos consejos no valen,
Como aquel que los compuso,
Ni un céntimo.

—Ni dos cuartos.

—Ni medio ochavo moruno.

—Que se repita.

—Que calle.

—Bien, el tío Bruno repuso:
Creéis que lo que os he dicho
¿No es nada más que un chanchullo?
Pues sabed que son verdades
De las llamadas de á puño:
Que á vosotros no os gustan
También yo me lo presumo:

*Que en la tierra la verdad
Es fruta de árbol inculto
De un amargo tan subido
Que no le agrada á ninguno.*



FÁBULA VII.

EL CONEJO Y LA PANTERA.

De valor haciendo alarde
Y frunciendo el entrecejo
Dicen que llamó cobarde,
Una pantera á un conejo,
Porque éste nunca quería
Jugar la vida á la suerte,
Aceptando el duelo á muerte
Que aquélla le proponía.
De escucharla ya cansado
Dijo el conejo: ¿tu brío
En desigual desafío
Quieres dejar bien sentado?
Cualquier animal diría
Al ver que al pequeño insultas,
Que, procediendo así, ocultas
La más grande cobardía.
Si de instintos carniceros
Anhelas dar una muestra,
Cita y lanza á la palestra
A los que, cual tú, son fieros,
Y allí en la sangrienta arena
Puedes luchar valerosa

Con el león y la osa,
Y con el tigre y la hiena.
Yo contigo no me bato,
Pues me dice mi conciencia
Que á la ley de la prudencia
No cometa un desacato.
¿Ignoras que el soberano
Júpiter nos lo prohíbe,
Y que el duelista recibe
El estigma de inhumano?
Por otra parte: ¿qué intenta
Probar el que desafía?
¿Más fuerza, más valentía?
¿O que más razón sustenta?
Pues yo creo francamente
Que, el que fiado en su brazo
A otro pega un arañazo
Y le hiere cruelmente,
O le da una dentellada
Con la cual muerto le deja
Por que más hábil maneja
La mandíbula ó quijada,
Y en demostrarme se esfuerza
Querer menos su ambición,
La fuerza de la razón
Que la razón de la fuerza.....
Ese tal, por vida mía,
Al imitar á los hombres
Pierde los sublimes nombres
Del honor y la hidalguía.
Porque el mayor heroísmo

Del bruto en sus actos varios,
No es vencer á sus contrarios
Sinó vencerse á si mismo.

*Opino como el conejo
En lo de no ser valiente,
Cuando quiera un imprudente
Agujerearme el pellejo.*



FÁBULA VIII.



EL PUEBLO SOBERANO.



A un sabio virtuoso y sin dinero
Escarneció el vulgo majadero:
Y á un grande ricachón, necio y vicioso
Le dispensaba un culto respetuoso.

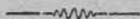
*¡Oh sublime poder de la ignorancia!
¿Todavía hay quien niegue tu importancia?*



FABULA IX.



LA ECONOMIA.



En un pueblo pequeño
no lejos de Palencia
vivía un zapatero
honrado á toda prueba,
activo y laborioso
á quien la suerte adversa
de chicos y de chicas
le dió tanta caterva,
que aunque él sudaba el quilo
echando con paciencia
ribetes, capelladas,
tacones y punteras,
el pobre no podía
ganar á duras penas
la torta con que hacerles
aquella sopa negra,
que sobrios disfrutaban
allá en la culta Atenas.

Queriendo cierto dia
salir de la indigencia,
pensó en economías,
que en breve le pusieran
á salvo del peligro

que lleva en sí la deuda,
y entonces á sus hijos
llamólos con voz tierna
y dijo á uno por uno
de muy buena manera:
¿quién quiere de vosotros
dos perros y no cena?
Yo, yo, exclamaron todos,
echándose la cuenta
de untarse los colmillos,
los labios y la lengua
con dulces ó con pasas,
con higos ó con peras.
De aqueste fácil modo,
sin grande violencia,
callando á la camita
lograba que se fueran.
Una hora antes que Febo
su luz diera á la tierra
ya estaban los muchachos
con tanta boca abierta,
contando entre bostezos
la luna y las estrellas,
lo cual, en cierto modo,
parece que demuestra,
que aquel que presuroso
con hambre atroz se acuesta,
ó sueña cosas tristes,
ó da doscientas vueltas.

El padre que observaba
tranquilo aquella escena,

el lecho abandonaba
temprano y sin pereza;
y viendo á sus chiquillos
gozar dicha completa,
creyéndose, angelitos,
saciar su hambre de veras,
volvía á reunirlos
en torno de la mesa
diciendo: á los que anoche
les dí yo las perreras,
aquí inmediatamente
tendrán que devolverlas:
porque, si no lo hicieren
faltando á la obediencia,
ni al mediodía comen,
ni ahora nada almuerzan.

Adiós las golosinas
de pasas y de almendras,
pues todos de mal grado,
es decir, por la fuerza,
con lloros y suspiros
soltaron las monedas;
y el padre satisfecho
quedó con la creencia
de haber por fin resuelto
su crisis financiera,
ahorrando en poco tiempo
de cobre algunas piezas.

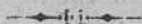
*A tal extremo muchos
la economía llevan*

*y juzgan que es prudente
vivir en la miseria
á cambio de ver junto
un puño de pesetas;
pero á esos yo les digo
que quieran ó no quieran:
si llenos siempre de hambre
pasáis vuestra existencia
¿de qué os sirve, tacaños,
tener esas riquezas?*



FÁBULA X.

LA MADRE Y EL HIJO.



Saliendo de la Escuela
cierto muchacho,
á su casa derecho
se fué cantando
y dijo: madre,
déme usted la merienda
que tengo hambre.

La madre bondadosa
que le escuchaba,
le preguntó: ¿qué quieres,
dulces ó pasas,
fresas, rosquillas,
higos, queso, naranjas,
miel ó natillas?

El niño, como muchos,
era goloso
y contestó en seguida:
lo quiero todo,
porque esta tarde
mi estómago se siente
con ansias grandes.

—Tal vez te hiciera daño,
si lo comieras:
pide una cosa sola
de todas esas,
y en el momento
quedará tu apetito
bien satisfecho.

—Pues yo, si no es con eso,
no me conformo,
porque á mí no me gusta
comer tan poco:
y si me place,
me estaré dando guerra
toda la tarde.

—No me des, picaruelo,
tan malos ratos,
mostrándote rebelde
á mis mandatos;
que todo pierde
el niño que ambicioso
todo lo quiere.

Lloró entonces el chico
con fuerte rabia
y prorrumpía en voces
descompasadas:
dème usted todo,
porque, si no, me meto
ahora entre el polvo.

Y á la mamá la puso
tan enfadada,
que con una azotina
le echó á la cama:
y de este modo
aquel desobediente
calmó su enojo.

—
*¿Conocéis á algún niño
que haga lo que éste?
pues ya sabéis el medio
de que escarmiente:
que una varita
es en tales dolencias
gran medicina.*



FÁBULA XI.

DEMÓSTENES.

—Está visto, papá: mis Profesores,
Que ponderaba V. que eran tan buenos,
Van á acabar conmigo á desazones
No dándome jamás ni un solo premio:
Y no es precisamente porque sea
Más que otros escolares yo travieso
Y por eso me apliquen los castigos
Que merezca mi mal comportamiento,
Sinó porque pretenden que yo estudie
La diaria lección con sumo esmero,
Sabiendo, como saben, de antemano
Que en el estudio yo no soy muy diestro
Para aprender las reglas de memoria
Y en hacer juicio de ellas mucho menos.

Así, papá, debiera V. llevarme
A casa y no gastar tanto dinero
En instruirme, porque ya le digo
Que aquí no haré yo cosa de provecho.

—Hijo mío, me extraña que demuestres
Tamaño desagrado á mis proyectos:
¿No te he dicho en diversas ocasiones,
Que aunque no tenga el niño mucho ingenio,
Si tiene aplicación, puede con ella
Conseguir los más rápidos progresos?

Para que sepas hasta dónde llega
De la perseverancia el gran esfuerzo,
Te bastará saber que allá en Atenas,
(Antigua capital del reino griego,
Que cuatro siglos antes del Mesías
Era la admiración del universo
Por su inmensa riqueza y poderío
Y por que en su regazo la luz vieron
Platón, Anacreonte, Esquilo, Bias,
Solón, Licurgo, Tales de Mileto,
Aristóteles, Fidias, Herodoto,
Safo, Epicuro, Sócrates y Homero,)
Vivió un varón de cívicas virtudes
Dotado de tan raro entendimiento,
Que todas las cuestiones que trataba
Las resolvía con brillante acierto,
Mereciendo el dictado de tribuno,
De ilustre sabio y de hombre de gobierno.

El nombre de Demóstenes le daban
A aquel insigne cual-gentil mancebo,
De quien cuenta la historia que tenía
En la lengua un gravísimo defecto
Que no le permitía echar discursos
Si no tartamudeando y con ceceo;
Y anhelando vencer a questo vicio,
Que le causaba sin igual tormento,
Precipitado abandonó la Corte
Y buscó de las selvas el silencio,
Resuelto á no volver á Atenas nunca,
Si no lograba el elevado objeto
De expresarse con gracia y con soltura

Cual pudiera el hablista más perfecto.
Para educar su lengua entumecida
Levantaba con ella algunos pesos,
Y metiendo chinitas en la boca
Ascendía al Helicon ó al Himeto (1)
Y en su ascensión citaba en altas voces
De la Odisea los sonoros versos:
Si algún rato su lengua vacilante,
No emitía fielmente los conceptos,
Con más ahinco y fuerza trabajaba
Volviendo el verso á repetir de nuevo.

Una tarde creyó que hablaba claro,
Y marchó á la ciudad muy satisfecho;
Mas una vendedora de garbanzos
Tostados, que en la calle halló primero,
Le dijo al escucharle una pregunta:
«Tú no eres ateniense ni aun heleno
»Porque no sabes pronunciar las eses
»O las dices peor que un extranjero.»

Ante tan doloroso desengaño
Demóstenes no tuvo desaliento,
Y por segunda vez buscó refugio
En la triste aridez de los desiertos,
Donde, perfeccionando su lenguaje,
Ejercitábase días enteros:
Ya en la orilla del mar lanzaba gritos,
Que superaban al enorme estruendo
Que producian las soberbias olas
Al estrellarse en su arenoso suelo,

(1) Montes de Grecia.

● ya se colocaba presuroso
Delante de la luna de un espejo
Y corregía cuidadosamente
De su palabra el no agradable acento,
Hasta que la paciencia y la constancia
Coronaron un día sus deseos,
Llegando á ser del foro la lumbrera
Y orador tan fogoso y tan correcto,
Que cuando hablaba en pública asamblea
Con su elocuencia arrebatava al pueblo.

De este modo, hijo mío, se portaron
Los que más en las ciencias florecieron,
Lo que prueba, sin duda, que el trabajo
Puede hacer tanto ó más que un buen talento.

*Los estériles campos fructifican
Si en ellos el sudor vierte el labriego,
Y en amenos verjeles se transforman
Los que eran antes infecundos yermos.
Y hasta del agua las pequeñas gotas,
Que en el duro granito van cayendo,
Logran con el transcurso de los años
Abrir en él profundos agujeros.*



FÁBULA XII.

El Miedo.

A la tertulia
de un Boticario
iban algunos
desocupados
y allí pasaban
muy buenos ratos
ora leyendo
ora charlando.
Era una noche
de aspecto extraño
triste como alma
de un condenado
porque envolvían
todo el espacio
la voz del trueno,
la luz del rayo,
y estaban juntos
los asociados
en sus tareas
ensimismados,
cuando uno de ellos
dijo temblando:
¿no oyen ustedes
en el sobrado
un ruido sordo

tan prolongado
cual si movieran
los viejos trastos
que en aquel sitio
se hallan guardados?
Pronto el oído
á una aplicaron
y sorprendidos
luego notaron
más perceptibles
sonidos claros
como de voces,
como de pasos,
como de lloros,
como de saltos.
Qué es lo que harían
en este caso
unos á otros
se preguntaron,
y exclamó entonces
el más anciano:
no es conveniente
ser temerarios:
y dando gritos
extraordinarios
pronto acudieron
del vecindario
los más valientes,
los más osados,
con fuertes armas,
con gruesos palos,

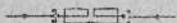
y en los desvanes,
que registraron
llenos de asombro,
sólo encontraron
entre los muebles
metido un gato
con la cabeza
dentro de un tarro
en el que había
tocino magro,
y por sacarla
desesperado
daba el felino
empujes varios.
No fué mal susto
el que pasaron:
y estando á vista
del desengaño
al fin dijeron:
*aqueste chasco
es parecido
al que sacamos
con las noticias
del calendario,
que nos anuncia
sucesos raros
y andando el tiempo
lo que observamos
es que el anuncio
hace fiasco.*



FABULA XIII.



LA NIÑA Y LA MOÑA.



Diz que Clarita tenía
Cierta moña tan hermosa,
Esbelta, fina y graciosa,
Que á Clara le parecía
Una lindísima rosa,

A la cual daba el afecto
Que tiene la criatura
Angelical, bella y pura,
Ese amor dulce y perfecto
De inexplicable dulzura.

Con infantiles desvelos
Le hacia trajes con lazos,
Y meciéndola en sus brazos
Hallaba gratos consuelos
Dándole besos y abrazos.

Por besarla tanto Clara
Notó con triste amargura,
Que á la moña la pintura
Se le cayó de la cara,
Perdiendo así su hermosura.

Y queriendo conservarla
En sus pristinos colores
O ponerla otros mejores

Determinó retocarla
Dándosela á unos pintores;
Los que la obra principiaron
Sin pauta, tino ni norma,
Y al darle la nueva forma
A perder la moña echaron
Sin conseguir la reforma.

*Que el caso tiene importancia
Es indudable, Señores:
Pues dice á los Profesores
Que al educar á la infancia
No hagan lo que estos pintores.*



FABULA XIV.

EL CONDE Y EL ESCULTOR.



A un amigo mío,
escultor de fama
que estaba expatriado
en la bella Italia,
encargóle un Conde
hacer una estatua,
que todos los vicios
fiel representara,
y el laureado artista
formó sin tardanza
de un trozo de mármol
blanco de Carraca
una hermosa imagen
de figura humana,
á quien denso velo
cubría la cara,
y de los tejidos
de la espesa malla
salían enormes
serpientes airadas
que fuerte oprimían
su pecho y garganta.

Apenas la hizo
la llevó á la casa

del Conde, el cual dijo
al examinarla:
correcta escultura;
magnífica talla;
tan perfectamente
supisteis sacarla,
que infunde tristeza
nada más mirarla.

¿Por qué le pusisteis
la cara tapada?

A lo que el artífice
contestó con gracia:
Señor: á esta efigie
le puse veladas
todas la facciones
con tupida gasa,
por que simboliza
la ignorancia crasa,
que envuelta en tinieblas
no ve la luz clara
que en puros destellos
el saber irradia.

—¿Y aquesas culebras
que lleva enroscadas
y que me parece
que quieren ahogarla?

—Porque de los vicios
son la semejanza,
que á su sombra nacen
con mucha abundancia
y de ella en la vida

jamás se separan
hasta que consiguen
traidoras matarla.

El Conde entendía
algo de estatuaria,
y admirando la obra
que estaba labrada
con gusto exquisito
y gran elegancia
suplicó á aquel genio
le hiciera la gracia
de aceptar mil liras
en plata romana,
rogándole luego
que el trabajo ampliara,
poniendo en relieve
y en letras doradas
aquestos renglones
que son una máxima:

*Aquel que quisiera
librar á la infancia
del vicio que aleve
denigra é infama,
en ciencia y virtudes
deberá ilustrarla:
porque ya se sabe
como cosa exacta
que es madre del crimen
la ciega ignorancia.*



FABULA XV.

EL LOBO, LAS OVEJAS Y EL MASTÍN.

Un lobo viejo, enfermo y extenuado,
Que ya apenas salía al monte y prado
A buscar qué comer diariamente
Por que temía el enconado diente
De los lebreles, dogos y sabuesos,
Que le molieran sin piedad los huesos,
Sin que él pudiera de ellos defenderse,
Pues casi no podía en pié tenerse,
Antes que perecer de hambre y de pena,
Quería darse una panzada buena
De carne de sabrosos corderillos,
Y afilando sus dientes y colmillos
Ideó el expediente harto ingenioso
De acercarse de un modo cauteloso
Al corral do un rebaño descansaba,
Por ver si con astucia engañaba
A algunos mamantones que allí había,
En los cuales sus ansias cebaría.

Y en efecto: agachado en sitio fijo
A las ovejas de esta suerte dijo:
—Que Jove os guarde, vecinitas mías:
—Tenga V., señor lobo, buenos días.
¿Cómo tan de mañana á estos rediles
Venís y abandonáis vuestros cubiles?
—Amigas de mi alma, el buen deseo

De anunciaros que anoche en el correo
Recibí la Gaceta en que las leyes
Promulgan para el pueblo nuestros reyes,
Y he visto un Real decreto de amistades,
Que aplicado será al campo y ciudades.

En dicho Real Consejo se aconseja
Que viva en paz el lobo con la oveja
Y con los chivos, cabras y corderos:
Y los perros dejando de ser fieros,
Crueles carniceros y tiranos,
A los lobos los traten como á hermanos.

¡Ay! amigas queridas: desde ahora
Dulce paz octaviana y bienhechora
Todos los animales gozaremos
Por que nunca enemigos ya seremos:
Ni al conejo harán guerra los hurones,
Ni el gato cazará ya más ratones:
Ni el gorrión seguirá á la mariposa,
Ni al pollo y la gallina la raposa.

¡¡Qué santa paz, qué dicha verdadera,
Cuánta felicidad hoy nos espera!!
Del gozo que yo siento en este instante
Daros quiero una prueba terminante:
Acercaros, pues, todas sin recelo
A este pobre achacoso y triste abuelo,
Que tiene abiertos sus amantes brazos
Para estrecharos en eternos lazos,
Y una vez que os abrace yo á mi gusto
Moriré con placer cual muere el justo.
Iban ya las ovejas obedientes
A meterse del lobo entre los dientes,

Cuando al redil se encaminaba un perro
De hercúlea fuerza y con collar de hierro:
Al verle el lobo sin pararse huía
Y una oveja sencilla le decía:
Aguardad, señor lobo, sed discreto,
Y leed al mastín el Real decreto;
Pero el lobo prudente no escuchaba
Razones, y de lejos contestaba:
Marcho por él á casa, que olvidado
Me le dejé al venir á vuestro lado,
Aunque espero sacar muy poco fruto,
Si se le leo al perro: éste es tan bruto,
Que en su vida gastó ni una peseta
En suscribirse nunca á la Gaceta,
Y es tal la crasitud de su ignorancia,
Que no asistió á la Escuela allá en su infancia
Y ni sabe leer ni tiene juicio
Para apreciar siquiera un beneficio:
No se merece el nombre de canino
Porque es más ignorante que un pollino.
Adiós, otro ratito nos veremos
Y este asunto despacio ultimaremos.
*Por más que el hombre agote su talento
Para engañar al prójimo inocente,
Siempre se encontrará que le hace frente
Otra rivalidad en el momento,
Que sus amaños poderosa tuerza:
Pues la compensación viene en seguida
A nivelar los actos de la vida,
Repeliendo la fuerza con la fuerza.*



FABULA XVI.

EL SÁNDALO.

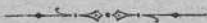
El sándalo perfuma
con suave aroma
el hacha que en pedazos
sus ramas corta,
de tal manera
que aún después de algún tiempo
su olor conserva.

*Si recibes ofensas,
caro hijo mío,
no ejerzas represalias
con tu enemigo:
que es de almas grandes
devolver generoso
bienes por males.*



FABULA XVII.

LA URRACA Y EL JILGUERO.




Por piedad, compañeras: ¿quién me saca
De entre las redes en que estoy metida?
Así exclamaba triste y dolorida
Una parlera urraca,
Viéndose con la liga ya cogida.

Por picar unas uvas en la viña
Cai por fin en el fatal garlito,
Y pronto harán que expie mi delito
Las aves de rapiña
O las manos de algún cruel chiquito.

No hay un ave cual yo de infortunada.
Mas un jilguero, que el lamento oía
Y que más que ella el infeliz tenía
Con liga el ala untada,
Cuentan que de este modo le decía:

Repara en éste á quien la adversa suerte
Al suplicio también hoy le sujeta,
Y observa que el destino igual respeta
Al débil como al fuerte,
Proporcionando á todos su vareta.

*Que el quejarse de vicio es cosa vieja
Nos lo dice el jilguero muy oportuno:
Preguntad á los hombres uno á uno,
Y, sin dolor ni queja,
Veréis cómo no existe ser ninguno.*



FABULA XVIII.

EL POETA CAZADOR.



Un poeta desdichado
Cansado de hacer comedias
Se salió una vez al campo
Con el perro y la escopeta
Para ver si algo cazaba
Con qué preparar la cena:
Pues de muchos es sabido
En esta bendita tierra
Que todo el que versos hace
Está siempre á media dieta,
Lo cual nos viene á probar
De una manera concreta
Que valen más que las odas,
Que los sonetos y endechas,
Cuatro perdices guisadas
O una fuente con chuletas.

Y apenas se colocó
Agazapado en la espera
Cogiéronle de improviso
Unos de la benemérita
Y cortés le pidieron
La autorización expresa
Para estar en aquel sitio
Cazando en tiempo de veda.

Sorprendido el literato,
Pues se hallaba sin licencia,
Les contestó de este modo
Con voz un tanto altanera:
«Caballero, yo hago versos,
Es decir, que soy poeta,
Y estoy en el pleno goce
De mis *licencias poéticas*
Y del fuero que concede
Siempre la Real Academia
A aquel que sube al Parnaso
Y con las musas conversa:
Yo siento mucho, señores,
Que ustedes de esto no entiendan
Y se hayan proporcionado
La no pequeña molestia
De venir á visitarme
De tan impropia manera.»

Al escuchar tales líos
Con admirable paciencia,
Los guardias se supusieron
Que aquel señorito era
El más alto personaje
De las políticas fuerzas,
Y pidiendo mil perdones
Rindieron la bayoneta
Y se alejaron sumisos
Haciéndole reverencias.

¿Qué tal? dijo el cazador,
Después que ya les vió fuera:
Si yo no apelo al recurso

De hablar palabras tan huecas,
Me conducen ante el Juez
Y allí las pago de veras,
Metiéndome en las prisiones
Lo menos semana y media.

*A un quidan conozco yo
Que entre gentes inexpertas
Pronuncia conceptos falsos
Con retumbante elocuencia,
Para que así fascinadas,
Sin comprender ni una letra,
Exclamen: este orador,
Es un Salomón, un Séneca.*



FABULA XIX.

EL ZORRO.

Cierto zorro soez y marrullero
Quiso asaltar un día un gallinero;
Mas los dueños de casa le observaron
Y al zorro sin piedad lo maltrataron.

*El estúpido, altivo ó ambicioso
Que en casas de otros mézclase de intento,
Hallará, á no dudar, en este cuento
Un ejemplo eficaz y provechoso.*



FABULA XX.

LA CALUMNIA.

Con copos tenues y blancos
De nieve hicieron los niños
Una bola muy redonda
Que, aunque pequeña al principio,
Rodándola por el suelo
En rapidísimos giros
Con el peso fué cogiendo
Más nieve en diversos sitios,
Y llegó á ser en seguida
De un tamaño tan crecido
Que no pudiendo moverla
Empujando con ahínco
Tuvieron que abandonarla
En solitario camino
Hasta que el sol esplendente
Con sus rayos la deshizo.

Cual la bolita de nieve
Es la calumnia, hijo mío:
La inventan los embusteros,
Que son nuestros enemigos,
Y empiezan por propalarla
Como recado, al oído,
A los primeros que encuentran
Ya sean pobres ó ricos:

Estos la dicen á otros
En tono ya más subido,
Y de ese modo pasando
Como fantasma precito,
De tal manera se agranda
Y aumenta con falsos juicios
Que al cabo de poco tiempo
Tiene un imperio infinito.

*Pero la calumnia existe
Hasta que un rayo bendito
De la luz de la verdad
Manda el Hacedor divino,
Y entonces de la calumnia
No queda el menor vestigio,
Y el torpe calumniador
Se hunde en el profundo abismo.*



FABULA XXI.

LA FORTUNA.

— ❖ — ❖ — ❖ —

Cansada la fortuna
de oír frecuentemente
á muchos desgraciados
suplicarle favores y mercedes,

Á público congreso
llamó á todos los seres;
á fin de dispensarle
á cada cual aquello que quisiere,

Y nunca á molestarla
ninguno se atreviese
como hacen á porfía
los necios por demás impertinentes.

Al verlos reunidos
hablando muy alegres,
señores, ¿falta alguno,
la fortuna exclamó dos ó tres veces.

Y al oír que gritaban:
no, no, con voces fuertes,
abriendo una gran caja
empezó á repartir pródigamente,

Riqueza á los poetas,
amor á las mujeres,
talento á los idiotas
y al militar coronas y laureles.

Salud á los enfermos,

al pobre inmensos bienes
y acierto al magistrado
para no castigar al inocente:

Al viejo lozanía,
la fuerza al que era debil
y tino á los monarcas
para mandar á sus vasallos fiéles:

Y en fin dió á los mortales,
según los pareceres,
tal cúmulo de dichas,
conforme las pedían ellos siempre,

Que en breve ella quedóse
sin nada, como suele
quedarse el que derrama
con profusión el oro que posee.

Cón tantos beneficios
vivieron felizmente
las copas apurando
de orgías, de festines y deleites;

Y tal prisa se dieron
á derrochar placeres,
que al cabo no dejaron
al morir ni un legado á los parientes.

Así que hoy suspiramos
los hombres vanamente
pidiéndole remedios
que nuestras muchas ambiciones llenen,

Porque esta señorita
dirá que ya no tiene
que dar más que dolores,
desgracias y miseria en vez de suerte.

*Si alguno anhela dichas
al cielo acudir debe,
que allí se encuentran sólo
la paz y la ventura eternamente.*

*Que el mundo harto engañoso
no más que nos ofrece
doradas ilusiones,
que en amargas tristezas se convierten.*



FÁBULA XXII.

PUREZA.

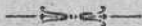
Dicen que los armiños
el color tienen
de un blanco tan hermoso
como la nieve,
y son tan pulcros
que antes cazar se dejan
que verse sucios.

*Conserva siempre el alma,
mi buen Luisito,
cándida cual las pieles
de los armiños,
y como esto
prefiere, á verla impura,
te den la muerte.*



FÁBULA XXIII.

OBRA PÍA.



Murió un gorrión en la Corte
Y ordenó en su testamento
Que su capital en oro
Se invirtiera todo á un tiempo
En títulos de la deuda
Interior del tres por ciento,
Y que con el interés
Que rindiera en un quinquenio,
Se formara un buen legado
Para premiar con acierto
Al animal que probara
Haber estado ejerciendo
Una profesión ú oficio
De más general provecho
Y haber en ella obtenido
Más exiguos rendimientos.

A los cinco años cabales
De efectuado el sepelio
De aquel ilustre donante
Los albaceas cumplieron
La postrera voluntad
Con el más plausible celo,
Convocando por edictos
A un concurso de herederos

Al cual, según mis noticias,
Presurosos acudieron
Un perro de Terranova,
El burro de un panadero
Y un respetable elefante,
Que en un circo de recreo,
Para instruir á las bestias,
Le tenían de Maestro.

A ver, un testamentario
Dijo al que llegó primero:
¿Qué es lo que alegas?

—Señor,
Contestó en seguida el perro;
Es al mundo bien notorio
El trabajo en que me empleo:
Cuando en el mar proceloso
Por la tormenta deshecho
Entre las aguas fluctúan
De algún bergantín los restos,
Yo á los peligros me lanzo
Entre las olas sereno
Hasta que traigo á la orilla
De la ensenada ó del puerto
Al náufrago que, abatido,
Sin mi auxilio hubiera muerto.
—Bien: ¿y qué es lo que tu amo
Te da por hacer todo eso?
—Una perrera mezquina
Con un miserable lecho,
Y de su opípara mesa
Las migajas y los huesos.

—Corriente: venga el segundo
A exponer aquí sus méritos.

—Yo expongo, prorrumpió el burro,
Que el oficio que ahora ejerzo
Es, sin disputa ninguna,
El mejor del universo,
Porque es el que proporciona
A la humanidad sustento:
Muelo el trigo en la tahona,
Amaso la harina, brego,
Llevo el pan á los mercados,
Y cuando á la casa vuelvo
Tengo que desempeñar
Otros oficios caseros,
Cuales son andar la noria
Y arar una huerta luego.

—¿Di, y no tienes recompensa?

—Nada más que escaso pienso,
Pero de salvado solo,
Pues cebada yo no pruebo.

—Está bien: que se presente
En el estrado el tercero,
Y que sus reclamaciones
Nos ponga de manifiesto.

—El elefante, alargando
Su trompa de casi un metro,
Con voz apagada y dulce
Exclamó: yo, caballeros,
Digo que mi profesión
Es la de educar al pueblo
En las eternas verdades

Del deber y del derecho,
Conforme mandan las leyes
De Júpiter el excelso:
Diariamente seis horas
Paso con mis pequeñuelos
En un local que es impropio,
No de mis merecimientos,
Sinó de los tiernos seres
Que en breve han de sucedernos:
Paciencia, estudios, fatigas,
Hambre, miseria y desvelos
Son los que ¡ay triste! coronan
Mi vida de sufrimientos....

—¡Hambre dijiste!.... ¿pues qué,
Tan egoísta es tu dueño
Que no te tiene asignado
Por tu profesión un sueldo,
Cuando ya no ignora nadie
Que es el más útil del reino
El que enseña de la ciencia
Los admirables secretos?

—Sueldo.... sí; pero tan corto,
Que cualesquiera bracero
Gana más en cuatro días
Que gano yo en año y medio.

—¿Cobras con puntualidad
Tan reducido estipendio?

—Nunca: dice el empresario
Que cuando tenga él un lleno
Entonces me pagará
De una vez todos los débitos;

Y como esto jamás llega,
Pues el circo marcha á menos,
Hasta la hermosa esperanza,
Creedme, ya voy perdiendo.
—¿Y no hay siquiera un discípulo
Agradecido y atento
Que á tu espantosa miseria
Le dé el más leve consuelo?
—Discípulos.... cuento muchos;
Mas poseen el defecto
De ejercer la ingratitude,
Que es el defecto más feo.
—Queda este asunto ultimado:
Basta ya, buen paquidermo:
Has probado plenamente,
Mejor que ninguno de éstos,
Tus derechos al legado
Que yo con placer te entrego.

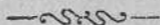
*Que aquel que, como tú, vive,
La ilustración difundiendo
Es digno que se le otorgue
El más valioso premio.*



FÁBULA XXIV.



LOS LOCOS.



Un domingo en Leganés
Me encaminé al manicomio
Para estudiar las manías
Que tienen algunos locos.

El director del asilo,
Que era un frenópata docto,
Me mandó de cicerone
Un demente muy gracioso
Para que fuera á enseñarme
Las jaulas de los furiosos
Y el salón donde se hallaban
Aquellos que en el período
De calma se entretenían
De cien diferentes modos.

Cuando á éstos vi reunidos
Llegó mi ventura al colmo,
Pues mi guta placentero
Fué clasificando á todos,
Y de esta suerte decía
Dando gravedad al tono:
—¿Veis aquel sér mal vestido
Que camina cual un corzo
Y en su rápida carrera

Marcha impetrando socorro?
Pues á ese, por San Nazario,
Que es de la casa el patrono,
Se le ha metido en la testa
Que le va siguiendo el oro,
Anhelando introducirse
Nada menos que en su bolso,
Y huye de él desesperado
Como de un lobo rabioso:
Yo creo que está en lo firme
Obrando así, porque noto
Que el dinero pocas veces
Al mortal hace dichoso.

Mirad ahora á ese lado;
¿Qué veis?

—Un señor muy gordo,
Que tiene un largo garrote
Fijado en sus anchos hombros.

—¿Y qué ois?

—Que dice á voces
Que quien le mira es un tonto
Y pega al que se le acerca
Una paliza de á folio.

—Si experimentar queréis...

—No; que experimente otro.

—¿Veis aquél que va cubierto
Con ambas manos el rostro?

¡Ay, amigo!; ese sujeto
Tiene perdido el meollo
De pensar que hay ciertos hombres
Miserables y ambiciosos,

Que para lograr sus fines
Adulan al poderoso,
Y ante sus plantas se arrastran
Y abyectos besan el polvo:
El pobre, por no mirarlos,
Lleva tapados los ojos
Y así atraviesa un estado
Por demás satisfactorio.

—¿Y qué están haciendo aquéllos
Que se forman en un corro?

—¿Aquéllos? pues... escuchando
A un sacamuelas famoso,
Que dice que las extrae
En menos que canta un pollo,
Sin dolor... del que le mira,
Y sin propinar el ópio.

—¿Y con qué?

—Con poca cosa;
Con un pequeño envoltorio
De papel en que se lee:

CONTRIBUCIÓN DEL TESORO.

—Esa sí que es cosa rara.

—Es cuestión de hacer negocio:

Él fué Ministro de Hacienda
Un par de años en el Congo,
Con que... figúrese usted,
Si estará enterado el mozo.

—Basta, basta, amigo mío,
Le dije lleno de asombro:
Veo que estáis discurrendo
Mucho mejor que un filósofo,

Y, si seguís, me pondréis
La cabeza como un bombo.
¡Ea! tomad mi petaca,
Que contiene habano flojo,
Y aunque el regalo no es grande
Puede seros provechoso.

Tomó de mi ofrecimiento
Cuatro cigarrillos sólo,
Y al separarse de mí
Prorrumpió en amargo lloro
Diciéndome: os compadezco
Que de aquí os vayais tan pronto
A la sociedad villana
De la traición y el encono;
Porque yo tengo observado
Que en este mundo redondo
*«Los locos.... son los de fuera,
»Los cuerdos... somos nosotros.»*



FÁBULA XXV.

LA LOTERÍA.



Ya sólo queda un billete,
Mañana, mañana sale:
¿Quién por un pequeño precio
No desea el premio grande?
Ánimo, pues, jugadores,
Que esta vez es la que vale;
El que la sigue la mata
Como el cazador al ave:
La suerte llevo en la mano;
Vamos, ¿no la quiere nadie?

De esta manera exclamaba
Pregonando por la calle
Décimos de lotería
Un ciego ayer por la tarde.

Mas notando el pobre ciego
Que voceaba él en balde
Porque ni un número solo
Se acercaban á comprarle
Dijo para sus adentros:

*Bien hayan los que tal hacen
No queriendo someterse
Del juego á los mil azares:
Pues dice un refrán antiguo,
Que yo aprendí de mi padre,
Que vale pájaro en mano
Más que ciento por el aire.*



FÁBULA XXVI.

LOS REYES MAGOS.

Con la oportuna licencia
De su mamá Doña Claudia
La víspera de los Reyes
Pusieron á la ventana
Sus botitas de charol,
Los niños Augusto y Juana,
Esperando á que los Magos
A los dos se las llenaran
De turrónes y juguetes
Como aguinaldo de pascuas,
Creencia que en la niñez
Está bastante arraigada.
Levantáronse gozosos
A la siguiente mañana
Y al recoger su calzado
La niña vió que se hallaba
Entre perfumes de oriente
Y telas adamascadas,
Y que contenía moñas
Y macetas de guirnaldas:
Mientras el niño observó
Que las suyas se encontraban
Llenas de carbón de piedra
Y de millares de cáscaras.

Claudia comparó el regalo
Y reía á carcajadas,
En tanto que el pobre Augusto
Desconsolado lloraba
Y á su hermanita decía
Con indescriptible gracia:
Sin duda ha sido el Rey negro
Quien tal obsequio me manda
Para darme á comprender
Que tiene él así su cara:
Pues, mira, yo no lo cojo,
Que buen provecho le haga,
Y se lo dé á su señora
Para planchar las enaguas:
Y en seguida lo arrojó
Por el balcón de la casa.

Mas como gimoteando
El muchacho continuara,
Le dijo para calmarle
Su muy cariñosa hermana:
No te exasperes, Augusto,
Porque no consigues nada,
Los Reyes Magos reparten
No lo que más nos agrada
Sinó lo que se merece
Nuestra conducta pasada.
¿Recuerdas lo que ofendiste
A nuestra madre adorada
Cuando te mandó hace días
Que al colegio me llevaras,
Y furioso le dijiste

Que no te daba la gana?
Pues este será el castigo
Proporcionado á tu falta.
Creo que habrás de enmendarte;
Mas, sino lo haces, repara

*Que el Rey de todos los Reyes
Al que es virtuoso ensalza
Colmándole de mercedes
En el cuerpo y en el alma;
Pero al que es desobediente
Le da castigos sin tasa.*



FÁBULA XXVII.

==
FILANTROPÍA.
—:ES:—

Adiós, Julián: ¿á dónde tan de prisa
Caminas sin haber oído misa
Y dejas en tu casa abandonados
A tus hijos y esposa,
Allí en la soledad más espantosa,
Sin tener qué comer los desgraciados?

Voy, respondió Julián con alegría,
Al hotel del Marqués de Peña-Fría
A ultimar un negocio:
Tú ya sabes que á mi me han hecho socio
De aquesta institución sublime y santa
Que al animal defiende y á la planta
De las brutales manos de los hombres,
Y hoy tenemos sesión para acordar
El proceder que habremos de emplear,
(Y de esto no te asombres)
Contra un infame y bárbaro cochero,
Que, despiadado y fiero,
Ayer por la mañana
Muy cerca de la fuente Castellana
Fustigó cruelmente á un caballito
Por el grave delito
De no andar tan agudo cual debía,

Y sabemos de un modo concluyente
Que entre horrible agonía,
El caballo expiró instantáneamente.

Ya ves, querido amigo,
Que el asunto es muy serio,
Y nuestro humanitario ministerio
No ha de dejar impune y sin castigo
Un crimen tan atroz y tan perverso,
Que escandaliza á todo el universo.
Me duele, amigo mío, dijo el otro,
Que te intereses tanto por un potro,
Mientras que en casa tu mujer é hijos,
Que requieren cuidados más prolijos,
Los quedas sin cariño, pan ni lumbre,
En la más angustiosa pesadumbre
Y en lo más crudo del furioso invierno:
Si yo formara parte del Gobierno,
Te haría comprender que no hay razones
Para que el hombre tenga asociaciones
Defensoras de perros ni de gallos,
De loros, de rocines y caballos,
O de lo más hermoso de la flora,
Que en selectos verjeles se atesora;
Primero, porque hay varias criaturas,
Sumidas en eternas desventuras,
Que en la miseria habitan
Y amparo necesitan
Del grande y poderoso
En su estado precario y doloroso:
Y segundo, porque antes que la rosa,
Que el nardo, que el clavel y los jazmines

Son nuestra amante esposa
Y nuestros adorables pequeñines.

*Es un gran majadero
El que quiere ostentar filantropía
Y se olvida primero
Del Dios del amor que le sostiene y cría,
Y cree, á no dudar, que es más humano,
Favorecer á un buche que á un hermano.*



FÁBULA XXVIII.

EL ZAGAL.



Por montes y valles,
por llanos y oteros
sus niveos corderos
guiaba un zagal,
sin ver, inocente,
que viles y arteras
pudieran las fieras
causarle algún mal.

¿De qué, prorrumpía,
me sirven los perros
cubiertos de hierros
la gruesa cerviz,
pudiendo, sin ellos,
con solo el cayado,
traer á mi lado
á mi grey feliz?

Si yo no hice á nadie
jamás ningún daño,
¿por qué á mi rebaño
no habré de llevar
allí donde vea
que más fácilmente
ó cómodamente
él pueda pastar?

¿Habrá ciertos seres
que en sus desafueros
á hermosos corderos
y á humilde pastor
acosen perversos
con saña horrorosa,
con rabia espantosa
y ardiente furor?

No puedo creerlo:
la tierna inocencia
inspira clemencia
á todo animal,
y no hay en el globo
quien pérfido intente
tratarla inclemente
como á un criminal.

Mas ¡ay! desdichado:
cuando esto decía,
por la áspera umbría
del bosque salió
un lobo terrible,
feroz y malvado,
que á él y al ganado
la muerte les dió.

Oyendo el relato
de tal imprudencia,
aquesta sentencia
se puede sacar:

*Que deben los niños
por muchas razones*

*guardar precauciones
si hubieren de hablar;*

*Porque hay muchos hombres,
que acechan atentos
cual lobos hambrientos
la triste ocasión
de ver si consiguen,
con mano segura,
causarles tortura
ó su perdición.*



FÁBULA XXIX.



LA LIMOSNA.



Encontróse Mercedes
con una anciana
que la santa limosna
triste imploraba,
y, sin ser vista,
la socorrió al momento
caritativa.

*Venturosa la niña
que sus ahorrillos
los reparte entre el pobre
y el desvalido,
porque es seguro
que Dios le dará en cambio
ciento por uno.*



FABULA XXX.

SEÑAS.

Preguntó un niño á su abuela:
¿Por dónde se va al patíbulo?
Y balbuceando la anciana
Contestó á su nietecillo:
Según se sale de casa,
Se marcha muy derecho
Por la calle que, en la Escuela,
La llaman de los novillos:
Después, yendo por la izquierda,
Se halla la senda del vicio,
La cual va á desembocar
En la plaza del delito,
Donde se eleva imponente
El nauseabundo edificio
Conocido con los nombres
De penal y de presidio:
Aquí se para algún rato;
Luego, se toma el camino
Nominado del progreso,
Que arranca desde allí mismo,
Y cuando menos lo piensa
Se encuentra uno ya metido,

Sin poder retroceder,
En el fin de su destino.

*Fijate, Fede, en las señas:
Pues desgraciado del niño
Que de ellas no se separa
De su vida en el principio,
Porque indefectiblemente
Viaja á su precipicio.*



FABULA XXXI.

LOS ESTUDIANTES.



Unos cuantos estudiantes,
Que en vez de estar ocupados
En aprender las lecciones
Cual mandan los catedráticos,
Pasaban meses y meses
Leyendo libros profanos
O en el casino metidos
A la ruleta jugando,
Para distraer el ocio,
Que ya les tenía hastiados,
Propusiéronse escribir
Un almanaque ó anuario.

En efecto: el santoral
De un libro viejo copiaron:
Y en lo que respecta al tiempo
En su atmosférico cambio,
Si ha de ser crudo ó benigno,
En resumen, bueno ó malo,
Siguiéron la misma marcha
Que sigue el zaragozano,
Poniendo lo que es más fácil

Que suceda en todo el año,
Intenso frío en invierno,
Grande calor en verano,
Y en otoño y primavera
El tiempo revuelto y vario.

Épocas de vacaciones
Muchas y largas marcaron,
Y, de raíz, suprimieron
Aquellos días aciagos
Que cada patrona tiene
Al trimestre señalados
Para cobrar al pupilo
Los muy justos honorarios,
So pretexto de un eclipse
Total y denominado:
«Eclipse de las patronas
Para reclamar los pagos
De los créditos corrientes
Y créditos atrasados.»

Hasta aquí perfectamente
Llevaban hecho el trabajo,
Sin discusiones inútiles
Y sin el menor enfado;
Pero al tener que poner
Sucesos extraordinarios,
Que llamarán la atención
Y conmovieran los ánimos
Del pueblo supersticioso,
Que cree que el calendario
Es de inspiración divina
Escrito por algún santo,

Entonces se dividieron
Como tirios y troyanos;
Pues mientras unos decían
Que sería necesario
Poner en el mes de Julio
Un cometa con diez rabos,
Otros varios opinaban
Poner el cólera en Marzo,
Terremotos en Diciembre
O el juicio final en Mayo.

Mas el patrón, que escondido
Lo estaba todo escuchando,
Saliendo de su escondite
Les dijo: creo, muchachos,
Que un diluvio por San Juan
No estaba desacertado,
Porque es la época precisa
En que habéis de examinaros
Y más que probable es cierto
Que quedaréis reprobados
Por no haber en este curso
Ni una palabra estudiado,
Y ser unos majaderos,
Unos burros y unos zánganos,
Que gastáis el tiempo en bromas
Y á vuestros padres los cuartos.

A muchos estudiantillos
No les gustará este caso;
Pero el padre que tuviere
Algún chiquillo estudiando
De fijo que dice ahora:

«Si los encuentro yo á mano
No me conformo con darles
Unos consejos tan sanos,
Sinó que, lleno de ira,
Les pegó unos bastonazos.»

*Y si yo lo presenciara
Diría: están muy bien dados,
Que el holgazán y vicioso
No merecen más que palos.*



FABULA XXXII.

LA MAESTRA Y LAS DISCÍPULAS.



Una tórtola inocente
Huyendo de un cazador
En un colegio de niñas
Se metió por el balcón.

La vieron las colegialas
Y por correr de ella en pos,
Para ver quien la cogía,
Armaron gran confusión.

Yo la pillé, dijo Rosa:
Fuí yo, prorrumpió Ascensión:
Y yo, añadió Celestina:
Yo también, gritó Leonor.

Silencio, la Profesora
Exclamó con dulce voz:
No gritéis tanto, hijas mías,
Dispensadme ese favor.

Venid, llegad á mi lado,
Acercaros sin temor,
Y os diré algunas cositas
Que os servirán de lección.

—Vaya, dinos tú Clarita:

¿Qué te parece mejor
Que con la tórtola hagamos
En aquesta situación?

—Yo creo que se debiera
Ponerle al cuello un cordón

De seda con muchos lazos
Bordaditos con primor,
Y solamente estuviera
Aquí sin salir al sol
Y cantára las canciones
Que allá en el campo aprendió.

—Ascensión, ¿y tú que harías?

—Señora, ¿qué hiciera yo
Con esa tórtola hermosa
Que tenemos en prisión?

Pues meterla en una jaula,
Colgarla en el rosetón
Y después alimentarla
Con alpiste y cañamón.

—Celestina, ¿y tú qué dices?

—Que debe ser muy atroz
Aprisionar entre hierros
Al que á nadie mal causó:

La soltaría ahora mismo
Por el sitio en que ella entró
Para que fuera á buscar
El nido que abandonó.

Eso, dijo la Maestra,
Es lo que buscando voy:

*Que deseéis para otro
Lo que anheléis para vos.*

*Y obrando de esa manera
Cual manda la ley de Dios,
Éste desde su alto trono
Os dará su bendición.*



FABULA XXXIII.

EL GATO Y EL RATÓN.

Olió á un ratón un gato en su agujero,
Y para hacerle fuerza á que saliera
De aquella impenetrable ratonera
Le gritó: compañero,
Un incendio voraz hay en la casa
Que quedará toda ella hecha una brasa,
Si á sofocarle no acudimos luego:
Ya domina el granero y los salones
Y es posible que el fuego
Nos haga en breve tiempo chicharrones.

Sal en seguida, porque nuestro amo,
De cuya orden superior te llamo,
Desea que des parte al Municipio
Para que vengan inmediatamente
Las bombas de la villa á dar principio
A remojar la parte aun no candente,
Porque si el aire cambia de cuadrante
Y enfila bien las casas de la acera,
Todo el pueblo al instante
Quedará convertido en una hoguera,
Sin que logren salvar del elemento
Ni una teja, ni un muro, ni un cimiento.

Dispuesta de tal modo la emboscada,
Creyó tener segura la tajada,
Pues opinaba que el ratón sencillo
A la mentira crédito daría
Y, saliendo al pasillo
Las uñas en el lomo le echaría.

En efecto: el ratón medio asustado
Quiso salir de su agujero á escape;
Mas al ver agachado
A su enemigo, dijo al punto: ¡sape!
Y se volvió al momento
A ocupar el hondón de su aposento,
Murmurando entre dientes con malicia:
¿Haber fuego y estar tú tan tranquilo
Con la vida en un hilo,
Esperando que lleve la noticia
A los bomberos y demás danzantes
Para que se presenten muy ligeros
Con bombas impelentes y aspirantes
Y den un chapuzón á los maderos?

Lo que yo me presumo
Es que á tí te impresiona más que el humo,
Y más que ver arder la villa en pleno,
El saber ciertamente que estoy bueno
Y que hacer no podrás con mis jamones
Algunas agradables digestiones;
Pero ya te conozco, camarada,
Y he comprendido á tiempo la gatada.

Agur, amigo; si la casa se arde,
O si el hambre te pone en grave apuro,
Puedes pedir á Jove que te guarde,

Pues ten por muy seguro
Que el que obra como tú traidoramente
Verá muy rara vez harto su diente.

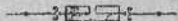
*No escuches del infame los consejos,
Porque aunque creas que á tu bien se inclina,
De quererte está lejos
Quien sólo anhela para ti la ruina.*



FABULA XXXIV.



LA LEYENDA DEL AIRE.



En los tiempos gentílicos llegaron
Ante Júpiter unos labradores
Y postrados de hinojos le rogaron
Que fin pusiera á todos los horrores
En que por falta de aire se veían,
Pues bieldar sus cosechas no podían.

Tal pretensión, con sin igual paciencia,
Oyó el excelso Júpiter propicio;
Y queriendo dictar una sentencia
Con la cual obtuvieran beneficio,
Mandó llamar con majestuoso acento
Al hijo de Neptuno, al dios del viento.

El gran Eolo se encontraba ausente
Cometiendo unas cuantas fechorías
En el norte del nuevo continente
(Como aquí suele hacer algunos días)
Y atravesando mares y naciones
Llegó veloz cual llegan los ciclones.

Al verle allí, con mesurado tono
Júpiter dijo: Eolo, te he llamado
Para que vengas á mi augusto trono,

Porque estos caballeros se han quejado
De que no los visitas cual debieras
Para limpiar sus parvas en las eras:

Y me extraña muy mucho que á estos seres,
Que pagan puntualmente los impuestos
Por rendir culto á la graciosa Ceres,
Los irrogues perjuicios tan molestos
Empleando un tirano predominio
Que los puede llevar al exterminio.

Eso es cierto, Señor, contestó Eolo;
Mas sabed que los niego yo mi aprecio
Así en el ecuador como en el polo,
Porque de ellos no soy más que el desprecio:
Escuchadme y sabréis cuán cruelmente
Me trata con frecuencia aquesta gente:

«Cuando desde los llanos á las cumbres
»El invierno nos manda sus heladas
»Y en torno del hogar con buenas lumbres
»Vemos á las familias arrimadas
»Repartiendo, en alegre compañía,
»El calor, el manjar y la alegría.....

»Yo, aterido de frío, voy silbando
»Por las plazuelas, calles y paseos,
»En todas las viviendas voy llamando
»Mostrando por entrar grandes deseos,
»Y en ellas oigo con glacial desaire:
»Cerrad las puertas, por que viene el aire:

»Y si hallo á los vecinos descuidados
»Y penetro furtivo á calentarme,
»Nada más que me sienten, irritados
»En seguida procuran arrojarme,

»Haciéndome salir con furia insana
»A golpes por la puerta y la ventana.
»Y lleno de aflicción, de frío lleno,
»Tiritando la noche entera paso,
»Teniendo que dormir siempre al sereno,
»Sin que de mí, Señor, nadie haga caso,
»Más que para insinuárseme burlesco
»Diciéndome que voy con viento fresco.»

Quando el aire acabó su buen discurso
Júpiter exclamó con torvo ceño
A la vez que miraba á su concurso:
Eolo, el disculparte es vano empeño,
Pues tú debes cumplir con tus deberes
Aunque ofensas del mundo recibieres:

Pues por más que te insulte y no te aprecie
Falto de caridad y de justicia,
O ignorante el trabajo te desprecie
Haciendo gala de especial malicia,
Jamás te será lícito faltarle
Ni prudente tampoco es imitarle.

Que debemos obrar siempre en conciencia
En la misión que hayamos emprendido,
Sufriendo las injurias con paciencia
Y al ofensor que nos las ha inferido;
Que quien detesta el odio y la venganza
Tranquilidad inexplicable alcanza.

Desde entonces, sin falta, el aire baja
Juguetón á las eras en verano
Y el labrador con él saca la paja
Que se halla envuelta entre el menudo grano;

Mas hoy, que es ya del gran Eolo amigo,
Dice que le sobra aire y falta trigo.

*Pide el niño una cosa, la consigue,
Y se hastia de ella: al poco rato
Nuevo ideal en su ambición persigue,
Le logra, y otra vez se muestra ingrato:
Y es que no encuentra aqui dicha cumplida:
¿Pues dónde la ha de hallar? En la otra vida.*



FÁBULA XXXV.

LA CONCIENCIA.



¿Quién será el ave importuna
Que á mamá se le presenta
Y lo que hacemos le cuenta
Sin omitir cosa alguna?

¿Si será la golondrina
Que viene por la mañana
A fijarse en la ventana
Y armoniosamente trina?

Así Carlos preguntó
A su hermana Wenceslada,
Y ella algún tanto enojada
Aquesto le contestó:

El chismoso pajarito
Que se lo parla á mamá,
No lo dudes, cerca está,
Pues nadie es más que el lorito.

¿No observas cuán zalamero
Grita que es un disparate
Por probar el chocolate
Que trajo el chocolatero?

Pues por tan vil interés
Nos indispone con maña
Y á nuestra mamá la engaña
Por que se le dé después.

Quien asegure tal cosa,
Saltó el lorito ofendido,
Se tiene bien merecido
El nombre de mentirosa.

Yo chillo á más no poder
Y alargo con grave maula
La papita por la jaula
Por que me den que comer.

Que el callar no es conveniente
Donde, desde el perro al gato,
Todos chillan por el plato
Para entretener el diente.

Por tanto, no me culpéis
De si sois buenos ó malos,
Ni si os quitan los regalos
Conforme lo merecéis.

—¿Pues quién tiene la imprudencia
De expiarnos sin cesar
Y á mamá le va á contar
Nuestras cosas?

—La conciencia;

*Que aunque nunca la veáis
Bien de vosotros murmura
Cuando merecen censura
Los actos que ejecutáis.*



FABULA XXXVI.

LAS DOS PALMERAS.

En una hermosa tarde
del mes de Mayo
dos ramitas de palma
plantó Rosario,
y en pocos días
las dos palmas brotaron
con lozanía.

Mas no fueron situadas
de igual manera,
pues mientras puso á una
en buena tierra
y entre claveles
á cuyo pie corría
límpida fuente,

Ocupaba la otra
un pobre lecho
en erial convertido
hacia tiempo,
y al cual regaba
una corriente de aguas
emponzoñadas.

Pasáronse los años
cual pasa el humo,
y los dos arbolitos
dieron su fruto,
tan amarillo
que causaba la envidia
de muchos niños.

Rosario presurosa
cogió de ambos
los dátiles más grandes
para probarlos,
y notó en breve
que á cieno unos sabían
y otros á mieles.

¿Cómo puede ser eso?
se preguntaba:
¿no plantó los dos tallos
igual azada?:
¿no eran hermanos,
pues los dos procedían
de un mismo árbol?

¿Pues por qué uno resulta
con gusto extraño
que al paladar ofende
por ser amargo?
¡Yo no comprendo
cómo se habrá operado
tanto misterio!

Oyóla el jardinero
tales preguntas
y á la niña le dijo:
tuya es la culpa:
¿no ves el sitio
en que están arraigados
que es bien distinto?

Conforme se alimentan
así producen
las cosas más ó menos
agrias ó dulces:
que da esta suerte,
cual las plantas, los hombres
lo hicieron siempre.

*Porque aquél que se educa
desde pequeño
en todas las virtudes
da frutos buenos;
pero al contrario,
quien se educa en el vicio
da frutos malos.*



FÁBULA XXXVII.

EL DESPOJO.

Cuéntase que un avestruz,
Que era jefe de un cortijo
En el cual vivían juntos
Algunos animalitos,
Para regalar mejor
A cuatro parleros grillos,
Que por el día y la noche
Recreábanle el oído,
Se entretenía en coger
El pasto verde y florido
De la pradera cotada
De unos pobres corderillos;
Y después de hacer el daño
Se quedaba muy tranquilo
Y aun dicen que publicaba
Como gracia su delito.

Lo supo un gallo marrueco
Y prorrumpió: eso es inicuo
Y reclama la venganza
Del gran Júpiter Olímpico:
Expoliar al indefenso
Hasta el alimento mísero

Para repartirle luego
Entre unos cuantos amigos
Abusando de la fuerza
Que le presta su destino....
Bueno está el mundo, señores,
Bueno, muy bueno, bonísimo.
Como esto dure así mucho
Desde hoy más será preciso
Resignarse á padecer
Como un ilota el martirio
Entre las garras sangrientas
De implacables enemigos,
O armarse uno hasta las plumas
En defensa de sí mismo
Contra la raza perversa
De miserables bandidos.
Fuerte estás, exclamó un corzo;
Pero dime, amigo mío:
Crees que con tal discurso
El ladrón se ha arrepentido?
¿No sabes aquel adagio
Que dice, pero bien dicho,
Que á quien malas mañas ha
Es difícil convertirlo?
Déjate de tonterías
Y opina como yo opino:
Que es mejor sufrir agravios
Que tener que producirlos.

*Si la ley no vale nada,
Pues abusan con cinismo*

*De ella los más poderosos
Para saciar sus instintos,
¡Ay de aquel tremendo día
En que se les llame á Juicio,
Porque entonces... no hay escape
Recibirán el castigo..!*



FABULA XXXVIII.

El Camaleón.

Dicen los naturalistas
Que hay no lejos de Sumatra
En las islas de la Sonda
Una que se llama Java,
En la cual vive un lagarto
De costumbres endiabladas,
Que á los árboles se sube
Tranquilamente y se agarra
Con la cola, que es prensil,
A cualquiera de las ramas,
Poniéndose boca abajo
Colgado entre la enramada.

En aquesta posición,
Sin moverse apenas, pasa
Uno, dos, tres, cuatro días
Y á veces hasta semanas
Esperando á los mosquitos
Que á su lado á volar vayan,
Y al llegar, saca la lengua
Glutinosa, suave y larga
Con la cual los coge al vuelo
Y al instante se los traga.

Pero no paran en esto
Sus picardías y hazañas.


Dicen que cuando transcurre
El tiempo sin cazar nada,
Para seducir mejor
A sus víctimas, es fama
Que los colores del iris
Muy fácilmente se adapta,
Y una vez se pone verde,
Otra de color de grana,
Ora azul, ora amarillo,
O bien como la naranja,
Y así sucesivamente
Todos los matices cambia
Como mudan de opiniones
Los políticos de España.
¿Aún queréis que os diga más?
Pues no os lo digo, caramba,
Que con lo que llevo expuesto
Ya me parece que os basta
Para que podáis sacar
Esta importante enseñanza:

*Huid del hombre versátil
Que toma diversas trazas
Para ver si de algún modo
A los incautos engaña.*



FABULA XXXIX.

EL ALCÁZAR Y EL ARROYO.



Allá en los tiempos feudales
Se elevaba majestuoso
Un imponente palacio
En la margen de un arroyo.

—Vecino, aqúeste le dijo:
Puesto que aquí estamos solos,
Si quieres, conversaremos
Amigablemente un poco.

—Soy del mismo parecer,
Respondió aquél sin rebozo,
Porque yo jamás he sido
Con el pequeño orgulloso.

Y después de tales frases
De cortesía y adorno
Entablóse entre los dos
Este singular coloquio:

—Dime: sabes por qué causa
Secreta, que desconozco,
A tí y á mí nos pondría
Juntos el Rey Liuva el godo,
A tí, que eres el más grande
Monumento de su trono,
Y á mí, que soy solamente
De la desdicha el emporio?

—Yo no lo sé ciertamente,
Porque en misterios tan hondos
Es difícil penetrar

A quien es de ingenio corto;

Pero, según he leído

En un códice precioso

Que tengo en la biblioteca

Guardado como un tesoro,

Nos puso á los dos juntitos

Para indicar de qué modo

La opulencia y la pobreza

Hacen humano consorcio.

Yo te doy sombra en estío

Para que el canero ardoroso

No deje seco tu cáuce

Y desaparezcas pronto;

Y tú, en cambio, agradecido

Al favor con que te honro,

En tu plateado espejo

Me dibujas los contornos.

Así vivimos los hombres

Prestándonos mutuo apoyo;

Y el esclavo y el magnate

No son nada uno sin otro.



FABULA XL.

PRECAUCIONES.

Por el mar de las Indias
marchaba un ciego
navegando sin velas,
timón ni remos,
y el desgraciado
sucumbió entre las olas
en el naufragio.

*Al surcar de la vida
los anchos mares
pon tu barquilla á salvo
de tempestades:
que el buen piloto
antes de dar en ellos
ve los escollos.*



FABULA XLI.

UN SUEÑO.

Harto yo de buscar nidos y grillos
Con otros compañeros por el campo
Y de arrojar certero con la honda
Al pobre transeunte algún cantazo,
Me acerqué ya de noche hacia mi casa,
En la cual ya me estaban esperando,
Cené ligero y me metí en la cama
Para buscar el natural descanso;
Mas á poco de hallarme yo en el lecho
Al poder de Morfeo confiado
A soñar empecé, ¡pero qué cosas!
No como sueñan los demás muchachos,
En jugar, en correr, en hacer toros
O en tirar el Catón y el Silabario,
Riendo á carcajadas si las hojas
Se marchan cada una por su lado,
Sinó de asuntos serios que pudieran
Causar gran impresión en todo mi ánimo.

Soñaba yo que una gentil matrona
Envuelta en un cendal azul y blanco,
Sin llamarme ni hacer el menor ruido
Por la ventana penetró en mi cuarto,
Se acercó á mi almohada, me dió un beso,
Me sujetó amorosa entre sus brazos
Y después de sacarme de la cama
Conmigo se elevó por el espacio.

Atravesamos cármenes floridos
Llenos de limoneros y naranjos,
Froncosas vegas, solitarias cumbres,
Mares inmensos, bosques dilatados,
Y en una población que parecía
Hecha por un artífice encantado
Descendimos los dos muy suavemente
Y en medio de una plaza nos paramos.

 Mi guía, que era un genio fabuloso,
Empezó de esta suerte su relato:
¿Ves esa luz que brilla cual si fuera
El reflejo esplendente de algún rayo?
Es la electricidad acumulada
En bombas de cristal esmerilado:
Desde que los profundos criaderos
De carbón en las minas se acabaron,
El hombre consiguió con sus estudios
Aprisionarla en muchos aparatos,
Y convertirla en luz, con que se alumbrá,
En fuerza, con que mueve un artefacto,
En fuego, con que cuece el alimento
O calienta su estancia en alto grado,
Y ya en correo, por el cual transmite
A todo el orbe el pensamiento humano.

 Y luego prosiguió: ¿ves allí arriba
Un globo por la atmósfera marchando?
Es un transporte que conduce gentes,
Que van al otro mundo á tomar baños:
Hace la travesía en pocas horas
Sin tropezar con el menor obstáculo,
Porque ya se ha resuelto el gran problema

De darle dirección por cualquier lado;
Así que hoy puede viajar cualquiera
Por el Sol, por la Luna y por Urano
Y establecer negocios mercantiles
Con algún habitante de los astros.

En esta capital nunca se ha visto
Que hayan los meteoros hecho daño,
Pues la meteorología es una ciencia
Que la manejan ya los menos sabios;
Y como se predice con acierto
Si ha de reinar un tiempo bueno ó malo,
Cada cual se prepara á su manera
Y nada le sorprende descuidado:
Haciendo aplicación todos los dias
De aqueste importantísimo adelanto
El labrador para arreglar sus fincas,
Coger las mieses ó sembrar el grano,
Y el marinero audaz para no verse
Envuelto entre galernas con su barco.

Mudo de asombro y lleno de sorpresa
Estaba yo estas cosas escuchando,
Cuando mi guía en tono cariñoso
Me dijo: ya es preciso retirarnos,
Pues la aurora se acerca y tu familia
Es posible que se haya levantado,
Y si va á despertarte á tu camita
Y no te encuentra, te estará buscando;
Pero antes de marchar quiero que lleves
De esta noche un recuerdo siempre grato:
Y nada más decirlo presentóse
Delante de nosotros un fotógrafo

Con la cámara oscura y al momento
Me sacó dos magníficos retratos
Que son la admiración de mis amigos
Por el color y parecido exacto.

Hecho todo lo cual volvió á cogermé
Entre las gasas de su hermoso manto,
Y majestuosa desplegó sus alas
Para llevarme hacia mi hogar volando.

En el camino me ocurrió decirle:
¿En aquesta ciudad no hay camposanto?
¡Oh! sí, me contestó: le han hecho nuevo
Con excelentes nichos funerarios;
Pues por más que los médicos trabajan
Para hacer inmortal al sér humano,
Hasta la fecha no lo han conseguido
Ni creo yo que lleguen á alcanzarlo.

En esto entró en mi estancia silenciosa,
Me colocó en mi lecho muelle y blando,
Se ausentó.... y desperté. ¡Lástima, dije,
Que no sea verdad cuanto he soñado,
Porque vivir en tales condiciones
Es vivir como vive un soberano!
Aunque, si bien se mira, ¿de qué valen
Las glorias de la ciencia y sus encantos,
Si sólo sirven para hacer al hombre
En lugar de dichoso, desdichado,
Porque, embebido en ellos le conduzcan
A juzgar que no hay más que el bien mundano?

*¡Si no tuviera que morirse nunca!...
Pero aún hay en la tierra camposantos.*



FABULA XLII.

EL LABRADOR Y EL CHALÁN.

Un gitano vendía
su mal jumento,
y al comprador decía
con ese acento
y ese relato
que suelen tener todos
los de su trato:

Mire usted, caballero,
como el pollino
no hay en el mundo entero
nada más fino:
su noble traza
indica que procede
de buena raza.

Es tan valiente y duro,
que en sus riñones
puede llevar seguro
cuatro naciones
con gente y tierra,
y hasta las naranjitas
que Murcia encierra.

Marcha más velozmente
que el tren correo,
y en él, cómodamente
se va á paseo,
porque, caído,
aún no le ha visto nunca
ningún nacido.

Sóbrio es tan extremado
que en la jornada
se pasa sin salvado
paja ó cebada,
y tan sufrido,
que aunque se le apalee
jamás da un ruido.

No es como otros rocines
en ciencia bobo,
pues lee los Boletines,
la Fe y el Globo,
la Unión, el Día
el Imparcial la Iberia,
y aun la armonía.

Que el borrico es perfecto
bien se lo anuncia;
sólo tiene un defecto:
pues no pronuncia:
que si él hablara
una cátedra en China
pronto explicara.

El chalán seducía
con tales tretas,
y su caballería
dió en cien pesetas,
y por roblilla
sacó además diez cañas
de manzanilla.

Un labrador sencillo
compró la bestia,
y aflojó su bolsillo
sin gran molestia,
pues á su lado
otro chalán decía:
va regalado.

Mercóle rica silla,
cabezón bueno,
estribos, cadenilla,
cinchas y freno,
y esquiladores
le hicieron las cuartillas
con mil primores,

Y cuando ya elegante
le había puesto
montó en él arrogante
y marchó presto
á sus hogares,
luciendo con orgullo
los alamares.

Con no muy largo paso
anda el pollino
un kilómetro escaso
de aquel camino,
y, jadeando,
sin mandárselo el dueño
se fué parando.

¡Impetuosa salida!
dijo el labriego,
dándole con la brida
despacio luego:
como me enfade,
te pego una paliza
que no te agrade.

Y queriendo sacarle
de aquel estado,
se propuso aplicarle
la espuela airado;
pero en seguida
el animal al suelo
cayó sin vida.

Al verle de tal suerte
triste exclamaba:
¿eras tú el asno fuerte
que se llevaba
cuatro naciones,
y no has podido apenas
con mis calzones?

¿Eras tú el que leías
perfectamente,
y el trabajo sufrías
firme y valiente
sin decir nada?
¡Pues no has hecho conmigo
mala burrada!

—
Porque á más de quedarme
ya sin dinero,
á pie habré de ausentarme
de tí ligero,
y aun ir cargado
con todos los arreos
que te he comprado.

—
*Quien de pillos se fía
tenga entendido,
que un día y otro día
será vendido,
pues yo discurreo
que todos son chalanes
como el del burro.*



FÁBULA XLIII.

DE USTED.

- Mamá, dile á mi papá
Que me traiga de la feria
Una pelota de goma,
Un sable y una escopeta.
—Si te los compró ayer tarde...
—¿Y por qué no me los dejas?
—Porque me llamas de *tú*,
Como si yo tu igual fuera,
Y no te los dejaré
Hasta que ese vicio pierdas.
—Yo creí que no era malo
Hablarle de esa manera.
—Pecado... precisamente
No te diré yo que sea;
Pero todo el que habla así
Bien claramente revela
Que ó no tiene educación
Ó la tiene muy pequeña.
—¿Y de qué modo he de hablarle?
—Con frases así como estas:
Ruego á *usted* diga á papá...
Dispense *usted* la molestia...
Hágame *usted* el favor...
Perdone *usted* mi impaciencia...

Estas ú otras expresiones
Que indican delicadeza:
Porque has de tener presente
Que no por eso se amengua
En nada el amor que el hijo
A su madre le profesa.
—Pues como hablo yo, lo dice
La niña de la Condesa:
«Mamá, *tráeme* el abrigo...
»*Ponme* la batita nueva...
»*Y di* á papá que me lleve—
»*Contigo* en la jardinera.»
—Lo dirá, pero no es propio
De una educación correcta:
Que aunque sea entre Marqueses
Y entre la augusta nobleza,
Siempre es falta de respeto
Y una costumbre muy fea
Hablar de tú á aquellos seres
Que nos dieron la existencia,
Y á las personas mayores
Que con nosotros conversan.
—¿Y á todos, sin distinción,
A tí, á papá, á la niñera,
Al aguador, al portero
Y al pobre que á pedir venga
He de llamarlos de *usted*?
—A todos, pero á la fuerza,
Lo mismo al que sea rico
Que al que viva en la indigencia.
—Corriente: pues desde ahora

Le prometo á *usted* la enmienda;
Pero no es por los juguetes,
Sinó para que *usted* vea
Que yo quiero hacerme digno
De una mamá que es tan buena.

*Que siempre ha de hacer el niño
Las cosas que se le ordenan,
No por temor al castigo
Ni por sacar lucro de ellas,
Sinó porque debe estar
En la convicción suprema
De que aquel que le corrige
Su felicidad desea.*



FABULA XLIV.

LOS TOROS.

Jamás se borrará de mi memoria,
Porque parece que grabado llevo
En mi imaginación con letras de oro
De aquella tarde el inmortal recuerdo.

Celebraba su santo mi buen padre,
Que santa gloria goce allá en el cielo,
Y después de colmarme de caricias
Y de comprarme un sombrerito nuevo,
Me cogió cariñoso de la mano
Y con él me llevó á dar un paseo.

El tiempo era apacible: el sol radiante
Extendía sus límpidos destellos
Sin la más leve sombra ni celaje
Por el hermoso azul del firmamento;
Y marchando en alegre compañía
Visitamos las tiendas, los museos,
Los cafés, las aceras, los teatros,
Las iglesias, jardines y comercios.

Entre las cosas raras y curiosas
Que más admiración me produjeron
Fué, sin duda, un cartel que en cierta esquina
A no elevada altura estaba puesto
Y en el cual yo leí perfectamente
Este sencillo y singular letrero:
«Gran corrida de toros para el día
»Veintidos del presente mes de Enero.

»Se lidiarán y se matarán seis bichos
»De la ganadería de Luis Crespo,
»Natural y vecino de la villa
»Tan renombrada de Colmenar Viejo.
»Por la cuadrilla que acertadamente
»Dirige Salvador Sánchez (Frascuelo):
»De tanda picarán los afamados
»Agujetas, Juaneca y Naranjero,
»Quedando de suplentes ó en reserva
»El aplaudido Ojitos y Veneno:
»Pulguita, Sabañones y Currinche
»Pondrán las banderillas al cuarteo,
»Y el arriesgado salto de garrocha
»Le dará Redomito el puntillero.»
Yo, que no había oído tales nombres,
Le pregunté á mi padre qué era aquello,
Y mi padre me dijo: es el anuncio
De una de las funciones del toreo:
¿Quiéres tú que vayamos á la plaza
A ver cómo se lucen hoy los diestros?
A lo cual contesté: yendo á su lado,
A donde vaya usted, yo voy contento.
Pronto en las gradas del taurino circo
Tomábamos los dos cómodo asiento,
Y un instante después la Presidencia
Indicaba, agitando su pañuelo,
Que se daba principio á la corrida,
Y la orquesta tocó el Himno de Riego.
En brioso alazán engalanado
Un mancebo gentil hizo el despejo,
Y entregó con marcada cortesía

Al alguacil la llave del chiquero:
Sonaron los timbales y clarines,
La concurrencia se quedó en silencio,
Se abrió la puerta del toril al punto
Y al redondel saltó un tórete negro
De muchos kilos, de preciosa estampa,
Airoso, fino, largo y corniabierto,
Que corría veloz por todas partes
Para ver si encontraba algún objeto
En donde demostrar su bizarría,
Su poder, su bravura y su denuedo.

En la carrera divisó á un caballo
Que junto á la barrera estaba quieto,
Al cual arremetió con tal pujanza
Que le clavó en el vientre los dos cuernos.
Haciéndole colgar los intestinos
En forma de madeja de cabellos.

El picador, en tanto, le aplicaba
El rejo al toro en el rizado cuello
Hasta hacerle saltar de la ancha herida
La sangre á borbotones por el suelo.

De pronto se pararon uno y otro,
Como si fueran á tomar refuerzos:
Un segundo no más duró la tregua;
Y á la lucha otra vez los dos volviendo
El feroz animal dió un resoplido
Que hizo temblar al potro, é indefenso
Al recibir segunda acometida
En la arena exhaló su último aliento

Viéndose el picador sin el apoyo
Cayó entre la cerviz del bruto fiero

El cual le recibió lleno de rabia
Hundiéndole las astas en el pecho,
Y roto el corazón y los pulmones
El infeliz quedó al instante muerto.

El público indignado lanzó un grito
A presencia de drama tan cruento,
Y creyendo que había sucedido
Por no haber auxiliado los toreros,
Pronunciando palabras injuriosas
En breve descargó airado sobre ellos
Cáscaras de melones y sandías,
Palos, piedras, ladrillos y sombreros;
Y no pudiendo continuar la lidia
Por el grande barullo y desconcierto,
Ordenó el Presidente que la empresa
Devolviera á cada uno su dinero,
Y así se terminó aquel espectáculo
Que tanto prometía en el prospecto.
¿Qué fué de mí después? aún yo lo ignoro;
Porque en aquel aterrador momento
Flaquearon mis piernas y en los brazos
Del autor de mis días caí luego,
Y una fiebre maligna y fulminante
Algunos meses me postró en el lecho.

En mi delirio, ya me parecía
Ver correr á mi lado el arroyuelo
Espantoso de sangre, que el ginete,
El caballo y el toro habían hecho,
Ó ya me levantaba de la cama
Agitado y nervioso por el miedo,
Como si el toro hubiera penetrado

Sus afiladas armas en mi seno.
En el largo período de agonía
Que horriblemente me llevé sufriendo,
Los amigos, los deudos y parientes
A consolarme siempre iban atentos;
Mi padre suspiraba con ternura
Y les decía con amargo acento:

Podrá haber en España ciertamente
Quienes tengan el gusto tan perverso
Que opinen que los toros simbolizan
De otra edad el vigor y el ardimiento,
Y que en la edad presente nos conducen
A nutrir de energía á nuestro cuerpo;
Pero yo, francamente, amigos míos,
Me figuro que Montes y Romero,
Paquito, Costillares, Mazzantini,
Arjona, Pepe-Hillo y Chiclanero
Han podido ser todos, sin disputa,
Muy buenos y muy grandes caballeros;
Mas al introducir solemnemente
Entre los españoles tal recreo,
De un modo hartó ostensible han renunciado
De las gentes sensatas el aprecio:

*Pues ejerciendo un arte que en la historia
De la cruel barbarie es el modelo,
Luchando con los toros de tal suerte
El hombre se despoja de aquel sello
Que para distinguirle de los brutos
Le dió, al criarle, el Hacedor Supremo.*



FABULA XLV.

El Jorobado.



Dijo ayer un contrahecho:
Como yo llegue á ser Rey
Haré que apliquen la ley
A aquél que no ande derecho.

Pues quedarías lucido,
Le contestó entonces Bruno,
Porque te diría alguno
Que por qué andas tú torcido.

*Lo cual pregoná en voz alta
Que el que haya de reprender
Nunca debiera tener
Ni la más pequeña falta.*

*Que siempre ha sido muy bueno
Para evitarnos sonrojo,
Ver la viga en nuestro ojo
Antes que en el ojo ajeno.*



FABULA XLVI.



LECCION PROVECHOSA.



—Vamos á ver, tú, Francisco,
Que eres el más industrioso:
¿No podrías indicarme
Cómo se aprende á hacer toros?
—Pues ya lo creo; si en ello
Tengo yo mi mayor gozo.
—¿Y es difícil?

—Muy sencillo;
Se hacen del siguiente modo:
En vez de ir á la Escuela,
Te encaminas hacia el soto
Y allí te pasas jugando
A la pelota ó al trompo,
Ó cazando á los jilgueros
Que hacen el nido en los olmos,
Aunque te abras la cabeza
Ó te vacíes un ojo.

Luego que ya estás cansado,
Vas á casa sin rebozo
Y rezas el Alabado,
Besando la mano á todos,
Para que tu madre crea
Que has venido con los otros

De la Escuela, y como siempre
Eres formal y estudioso.

—¿Y no hay que hacer nada más?

—Te basta con esto sólo.

—¡Magnífico!, pues prometo

Ponerlo en práctica pronto.

—Se me olvidaba decirte

Lo más grave del negocio:

Nada más llegar á casa,

Tu padre, que cuidadoso

Sabrá ya perfectamente

Tus malas artes y embrollos,

Pues le bastará leerlo

En el carmín de tu rostro,

Al verte pondrá el semblante

Lo más demudado y hosco,

Y te llamará bribón,

Tuno, indecente y galopo;

Y no contento con esto,

Cogerá el bastón más gordo

Y te pegará con él

Algunos lapos no flojos,

Te quedará sin comida

Metido en el calabozo,

Y de amigos y parientes

Sufrirás un gran bochorno.

—¿Y en eso viene á parar

El hacer novillos? ¡Concho!....

Pues reniego de la broma

Que dá disgustos tan hondos.

Que haga toros el que quiera,

Pues yo, aunque me llamen tonto,
Por no llevar coscorrónes
Prefiero perder el bollo.

*Al revés de aqueste niño
Hay en el mundo otros bobos
Que ejecutan ciertos juegos
Sabiendo que son dañosos.
¿Les arrendáis la ganancia?
¿Decís que no? Yo tampoco.*



FÁBULA XLVII.



ELECCIONES.



Como personas mayores
Decían ciertos muchachos:
Si nos dieran á escoger
El porvenir que anhelamos,
—Yo quisiera ser Marqués.
—Yo Cura.

—Yo Boticario.

—Yo General.

—Yo Ministro.

—Yo Médico.

—Yo Abogado.

—Pues yo tan sólo deseo,
Prorrumpió el niño más guapo,
Que mis padrecitos vivan
Por lo menos tantos años
Como viva yo en el mundo.

—¿Para qué, le preguntaron,
Si estarán tan achacosos
Que no podrán dar un paso?

—Pues, chicos, siguió diciendo
Medio riendo y llorando:
Lo quiero precisamente
Para llevarlos del brazo
Y darles mi dulce apoyo,

Mi pan, mi amor y mi amparo;
Porque ellos conmigo hicieron
Siendo pequeño otro tanto
Y he de pagarles la deuda
Para no ser un ingrato.

*Ahora dime, lector: ¿quiénes
Irian más acertados?
¿Los que pedían destinos,
Honor, riquezas y mando,
O el otro que deseaba
Contemplar siempre á su lado
A aquellos seres queridos
Que su existencia labraron?
Sin duda alguna este niño:
Pues prueba de un modo exacto
Que para el hijo los padres
Ocupan tan alto cargo
Que no hay en la sociedad
Ninguno más elevado.*



FÁBULA XLVIII.



LA HOLGAZANERÍA.



Los lirones se pasan
en dulce sueño
los días y las noches
del frío invierno,
y su pereza
sacuden cuando viene
la primavera.

*Aunque parezca extraño
también hay hombres
que siguen el ejemplo
de los lirones:
sólo despiertan
al sentirse abatidos
por la pobreza.*



FABULA XLIX.



EL JUEGO.



Dos al As, cuatro á la Sota,
Tres al Caballo, uno al Cinco:
¡Cáspita, cuánta ganancia!
¡Esto es sublime, magnífico!
Bien me decía mi abuela
Que era yo un chico muy listo.
Pues, señor, si sigo así,
Me voy á hacer pronto rico:
A más de quedar probado
Que los que juegan conmigo
Son un hatajo de bucheros
Que no valen tres cominos.
Ya puedo comprar ahora
Una peonza y un cinto,
Un morrión de miliciano
Y un fusil de trece tiros.
Reventando de contento
Así exclamaba Francisco
Porque jugando á la Banca
(Que es un juego prohibido)
Con algunos colegiales

Les ganó diez perros chicos.

Pasó aquel día de bulla,
De algazara y regocijo;
Mas llegó el día siguiente,
Volvió á jugar con más brío
Y tuvo tan mala suerte
Que, aunque ganaba al principio,
Perdió después las ganancias
Y hasta el tamo del bolsillo.
¡Qué de sustos, qué de lloros,
Qué de lágrimas y gritos
Vinieron á acibarar
Las horas de aquel chiquillo!
No vuelvo á jugar, decía,
Jamás con estos bandidos
Que á tahúres y fulleros
Compiten con los más finos.

Yo, que pensaba adquirir
Los juguetes más bonitos,
Me hallo sin poder comprar
Ni siquiera un catecismo.....

¿Qué van á decir mis padres
Si saben lo sucedido?

¡La cabeza se me abrasa!

¡Qué será de mí, Dios mío!

Y de tal modo la pena
Fué minando los sentidos
Y la preciosa existencia
De aquel desgraciado niño,
Que el pobre se puso loco
Y fué llevado á un asilo

Donde murió al poco tiempo
Entre horroroso martirio.

*¿Ves el fatal desenlace
Que tuvo el triste Paquito?
Pues si tú no te separas
Del juego, te pronostico
Que más tarde ó más temprano
Puede ocurrirte lo mismo.*



FABULA L.

LAS CANAS.



Hermanita
que acicalas
mi cabeza
delicada,
dí, ¿no has visto
cuántas canas
en mis bucles
se entrelazan?
¿No podrias
con tus mañas
prepararme
la pomada
que al momento
las quitára?
Yo las tiño
cual me manda
la florista
de la casa,
con esencias
y con pastas;
pero luego
que resbala
la pintura,
más resaltan

y me muestran
despiadadas
la blancura
de la plata.
Si las corto,
suerte vana,
pues á poco
de cortadas
erecen todas
más lozanas:
de manera,
cara hermana,
que me encuentro
consternada,
pues parezco
ya una anciana.
Si no buscas,
si no hallas
un remedio
de eficacia
que me libre
de estas ansias,
has de verme
sin tardanza

vuelta loca
rematada.

—¡Pobre niña!
cuán livianas
son las dudas
que te asaltan.

¿Y por eso
te acobardas
y ya pierdes
la esperanza?
Para el caso
de que tratas
mil recetas
se preparan;
pero hay una
de tal fama
que muy pocas
se la igualan.
Es empresa
lisa y llana
que ni cuesta
ni es pesada:
Con las pinzas
bien templadas
una á una
las agarras,
y tirando
con cachaza
las raíces
pronto sacas.
Al principio

no te agrada:
duele un tanto;
casi nada;
pero el susto
breve pasa
y en placeres
se te cambia,
como observes
que á tus plantas
quedan rotas
y enroscadas
las que altivas
coronaban
tus guedejas
envidiadas.

*Quando tengas
en tu alma
las pasiones
arraigadas
y te vieres
por tal causa
sin sosiego,
paz ni calma:
si quisieras
extirparlas
y evitarte
mil desgracias,
no pretendas
disfrazarlas
de virtudes
que te saltan,*

*pues con esto
sólo alcanzas
darles forma
nueva y rara
tan nociva
como varia.*

*Tu negocio
feliz salvas
si consigues
arrancarlas
cual la niña
de la fábula.*



FÁBULA LI.

EL BURRO Y EL LEGO.

El Padre Feijóo refiere
En sus graciosos ejemplos
Que ciertos Benedictinos
Tenían en el convento
Un burro, en el cual montaba
Cada ocho días un lego,
Y con él iba á León
A conducir el correo
Y los encargos que hacían
Los vecinos del concejo.
Y como en estos viajes
Sólo sacase el jumento
Tras angustiosas fatigas,
Mucho palo y poco pienso,
Pues se andaba doce leguas
De ida y vuelta en un momento,
Sin probar en la posada
El más leve refrigerio,
Haciendo uso de las galas
De su excelente ingenio
A fin de evitar en breve
Tan insufrible tormento,
De aquel despiadado Nero
Cuando quisiera llevarla
A la ciudad forastero

Los Jueves que eran los días
Señalados al efecto.
Y para cumplir fielmente
Su premeditado intento,
Se pasaba la semana
Tranquilamente paciendo;
Pero como si contára
Cual un cronólogo experto
Con exactitud precisa
Las pulsaciones del péndulo,
Cuando llegaba la hora
De partir del Monasterio,
Se escondía, de manera
Que su conductor severo,
No disponiendo de él,
Se ponía hecho un veneno
Y en otra caballería
Iba á correr el trayecto.
Durante cuatro ó seis veces
El pollino hizo su juego;
Mas dando que sospechar
Al fámulo, si era aquello
Una de tantas patrañas
Del arte de encantamiento,
A los padres de la Orden
Les comunicó el suceso,
Y después de oír el caso
Unánimes convinieron
En que, sobre el Miércoles,
Quedára el burro sujeto
En la cuadra, y no saliera

Para nada del encierro.
Hizolo el lego en seguida
Y supuso que con esto
Al otro día estaría
El borriquillo en su puesto;
Pero se llevó el gran chasco,
Porque el asno muy travieso
También desapareció
Como antes lo había hecho.
No cabe duda, decía,
El pobre demandadero,
O estas son inspiraciones
Que Dios me manda del cielo
Para probarme con ellas
La vocación que yo tengo,
O en esta casa anda el diablo
Cometiendo algún enredo
Para llevarse á mi alma
A los profundos infiernos.
Y sin parar un minuto
Marchó en seguida corriendo
A la celda del Abad,
Quien, apenas le oyó el cuento,
Bajó con él al establo
Y ambos miraron con tiento
El sitio de la cebada,
Los pesebres, el pajero
Y hasta las telas de araña
Que pendían de los techos;
Llenos los dos de sorpresa
Le hallaron de pie muy quieto



Con las manos levantadas
Agazapado en el hueco
O ángulo que con el muro
Formaba la puerta dentro,
Y cuando desconfiaban
De ver cumplido su anhelo.
¿Qué fué lo que el Abad dijo
Al ver tan curioso ejemplo?
No nos lo dice Feijóo; (vuelta).

*No sé cómo llaman burro
A quien no tiene talento
Cuando es el burro capaz
Hasta de engañar á un lego,
Mientras que el nombre de sabios
Aplican á unos sujetos
Que de seres racionales
Sólo poseen el cuerpo.*



FABULA LII.

DENUNCIA.



Ante Don Común Sentido,
Que es un letrado de fama
Y ejerce el puesto honorable
De Juez de primera Instancia,
Se presentó no hace mucho
Una graciosa aldeana
Y le entregó ruborosa
Esta singular demanda:

Señor Juez: algunos tontos
Tienen la costumbre rara
De no usar la mano izquierda
Casi, casi para nada,
Creyendo que, si la usan,
Cometen una acción baja.

Y como con tal ejemplo
Se perjudica á la infancia,
Que imita inconscientemente
Sin saber lo que la daña,
Y en esta ocasión resulta
Para ella una cosa mala,
Porque solo da á la diestra
La fuerza que es necesaria,
Mientras la siniestra queda
Enteca y encanijada....

Ruego á Usía ponga en breve
Un correctivo á esta falta:
Porque, si no, muchos necios,
Tal vez se atrevan mañana
A fijarlas en el suelo
Para andar en cuatro patas,
Y si llega á hacerse moda
Nos obliguen á imitarla.

El Juez prudente y severo
Al asunto no dió largas
Y redactó al Escribano
Esta sentencia muy clara:

*Aquél que tenga dos manos
Y buen uso de ellas no haga
Incurrirá en la chacota
De las personas sensatas;
Porque debe todo el mundo
Indistintamente usarlas
Como prescribe la higiene
Y la educación señala.*



FÁBULA LIII.

LA IGUALDAD.



¿Por qué, decía Juanito
Á su papá Don Leandro,
Lo mismo el rico que el pobre,
El ignorante que el sabio,
El artista que el banquero
Y el industrial que el togado
Se pasan, ya en el bufete,
Ya en el taller trabajando,
Hasta que llega el domingo
Que es el día señalado
Para que en él hallen todos
El reparador descanso?

Hijo, respondióle el padre,
Cogiéndole en su regazo:
Para cumplir de una ley
El irrevocable fallo.

¿Recuerdas aquel suceso
Que cuenta el texto sagrado
En que Adán y Eva comieron
Los dos del fruto vedado?

Pues desde aquel triste día
Quedó el hombre condenado
A sufrir hambre, dolores,
Miserias y sobresaltos.

Y á ganar diariamente
El pan que ha de alimentarlo,
Con el sudor de su frente
Y tras ímprobo trabajo.

Nadie de esa ley se escapa
Desde el más chico al más alto,
Y así el que vive en la choza
Como el que mora en palacio.

*Porque en nacer, en morir,
Trabajar y ser juzgados,
No tengas duda, Fernando,
Iguales son los humanos.*



FABULA LIV.

ESTÁTICA Y DINÁMICA.



¡Ay, médico de mi vida!
Qué poca ventura gozo
Desde que observo que el niño
Se me muere como el otro.

—¿Tan grave está?

—Ya lo creo,
Como que le dió hace poco
Un síncope que le hizo
Caer al suelo redondo.

—¿Y dónde se encuentra ahora?

—En cama desde las ocho,
Porque temí que volviera
A repetirse el trastorno.

—Vamos á verle: Luisito,

—¿Cómo estás?

—D. Juan Antonio,
Bastante enfermo, por cierto.

—¿Qué es lo que sientes?

—No cómo,
Duermo mal, me dan vahídos
Y apenas ando, me ahogo.

—¿Y no has salido á enredar
Hoy con los niños al corro?

—No, señor, yo nunca salgo,

Pues, si lo hago me sofoco,
Y mi trajecito nuevo
Al enredar me le rompo:
Luego... el sol no me está bien,
El frío me es muy dañoso,
La humedad me causa tos
Y el aire ataca á mis bronquios:
Así que me estoy en casa
Leyendo el martirologio
O distraído en tocar
El violín ó el armonio.
—Muy bien, Luisito: ahora mismo
Voy á ver si te dispongo
Lo que deberás hacer
Para que estés bueno pronto;
Dame papel, tinta y pluma.
—En mi cartera está todo.
Lo cogió el médico al punto,
Se puso bien los anteojos,
Y escribió en letra española
El siguiente petitorio:
«*Recipe.* Dése paseos
»Ni muy largos, ni muy cortos,
»En invierno, en primavera,
»En verano y en otoño.
»*Item.* Aprenda gimnasia
»Y entreténgase afanoso
»En manejar las argollas,
»Las paralelas y el potro.»
Le dió al padre la receta
Y le dijo: a questo sólo

Es lo que le ha de salvar
De tan crítico período:
Lo que hace al niño estar malo
Es la quietud y el reposo:
Que haga ejercicio prudente
Conforme á su edad es propio
Y verá cómo se pone
Agil, robusto y hermoso,
Tendrá ganas de comer
Y dormirá como un tronco.

*Porque hoy las médicas ciencias
Enseñan al más indocto
Que el movimiento es la vida
Como la muerte es el ocio.*



FÁBULA LV.

BIENES DESPRECIADOS.

Entre arrayanes y mirtos,
Entre azucenas y albahacas,
Entre jazmines y rosas,
Entre claveles y dalias,

Hay un palacio soberbio
De la existencia mundana.
El palacio se titula

La virtud de la Templanza
Y es la Salud el tesoro
Que ocupa aquella morada.

En esta mansión hermosa
No se ha visto jamás guardias,
Ni llaves, ni cerraduras
En sus puertas y ventanas:

Porque todo está dispuesto
De la manera más franca
Para que vaya el que guste
A coger cuanto le plazca;

Pero lo raro del caso
Es que aunque hay riqueza tanta
Que se ofrece al que la quiera
Sin costarle nunca nada,

Son muy pocos los mortales
Que un breve instante se paran
A mirar del edificio

La majestuosa fachada,

Y contados los que toman

Lo que les hace más falta,

Aunque por no recogerlo

Sufran inmensas desgracias.

Quien quiera tener salud

Fuerza es que vaya á buscarla

Al palacio donde habita

La virtud de la Templanza,

Porque, si así no lo hiciere,

Tendrá que sufrir mañana

Cama, dolores y dieta

Y medicinas amargas.



FABULA LVI.

CASTIGO MERECIDO.



Recordarán mis lectores
Que unos muchachos traviesos
Suplicaron al tío Bruno
Que les refiriera un cuento,
Y que el tío Bruno prudente
Acudiendo á sus deseos
Les dijo el de Pero-Grullo
Con tal arte y tal gracejo
Que los chiquillos pasaron
Un buen rato de recreo.
Pues bien: estos mismos niños
Otro día que le vieron
De igual manera que antaño,
Bulliciosos le pidieron
Que les contára también
Algún importante ejemplo:
Y el tío Bruno, que se hallaba
Alegre siempre y dispuesto
Para ilustrar á cualquiera
Con máximas y consejos,
Les hizo formar un corro
Sentaditos en el suelo,
Y poniéndose él después
De aquel círculo en el medio

Les dijo: ahora vais á oír
El caso más estupendo
Que le sucedió á un muchacho
Que se llamaba Lupercio,
Por hacer mofa y escarnio
Del tío Juan el zapatero.
—¿Aquél que suele ir á caza
Con un perro perdiguero
Y vive en la solanilla?
—El mismo; escuchad atentos:
Pues, señores, el chiquillo
Tenía el pícaro empeño
De encaminarse al portal
Do aquél se hallaba comiendo,
Y metiendo la cabeza
Por un pequeño agujero
Que tenía la vidriera
Le decía: tío Juanelo,
¿Cómo es usted tan panarra
Que no pone aquí un remiendo?
Pero, amiguitos, un día
Le esperaba el tío Juan dentro,
Y apenas por el cristal
Asomó el chico los pelos,
Le sujetó fuertemente
Con una mano al pescuezo;
Cogió con la otra el betún,
Le untó la cara luego,
Y después con un cepillo
Frotándole muy ligero
Le puso inmediatamente

Como el ébano de negro.
Pero aún hay más todavía.
—¿Todavía?

—No lo creo.

—Tal vez sea esto una broma
Que usted inventa.

—Silencio.

Porque si alguien me interrumpe
Le echo del corro y Laus Deo
De un puntapie le reviento
Le echo del corro al momento
—Conque á callar.

—A callar.

—Pues como os iba diciendo
No bien le había pintado,
Tomó el tirapie de cuero
Y en el reverso del vientre
Le dió unos azotes buenos
Que le dejaron molidos
Los músculos y los huesos;
Cuando iba el chico á su casa
Decía con desconsuelo:
Dios mío, si de esta salgo
Felizmente yo prometo
No volver nunca á meterme
A insultar á Juan ni á Pedro,
Pues bien caro me ha salido
Dedicarme á tal enredo.
Y colorín colorado,
Ya terminé, caballeros:
Pónganse todos de pie

Y váyanse á su Colegio,
Por que han dado ya las dos
Y espera el señor Maestro;

*Pero no olviden jamás
Que todo niño perverso
Tarde ó temprano recibe
El merecido escarmiento.*



FÁBULA LVII.

ANTIGUALLAS



Sobre si han sido los hueyos
De origen más anticuado
Que lo fueron las gallinas,
Cierta polémica armaron,
Pero acaloradamente,
Un perro de aguas y un ganso.
Los dos animales eran
Filólogos consumados,
Arqueólogos excelentes
Y numismatas tan sabios,
Que decían de memoria
Seguidamente y salteado
Quiénes fueron los lingüistas
Que inventaron el hebráico,
El cofto, el latín, el griego,
El sanscrito y el siriaco;
Quién hizo los monolitos
Con geroglíficos raros
Que en el Asia y en Egipto
Se encuentran diseminados,
Y quién fué el mortal dichoso
Que usó el primer monetario.
Y defendiendo su tema
Ambos cuestionaron tanto

Que escribieron más renglones
Que Madrigal el Tostado,
Los cuales en varios tomos
En seguida publicaron,
Y no faltó un editor
Que se los compró muy caros,
Haciéndose, de repente,
Casi, casi, millonarios.
Un burro escribió la obra
Para entretenerse, á ratos,
Y después que hubo leído
Toda ella de rabo á cabo,
A los autores les dijo
Con rebuzno destemplado:
Leyendo paparruchas
Me tenía que haya un soldado
Como que D. Juan de Austria
Al turco batió en Lepanto,
Que mande otro D. Quijote,
Nuevo é ingenioso hidalgo,
Enderezador de tuertos
Y desfacedor de agravios,
Que puesto en su rocinante
Y con su escudero Sancho
Al arte retrospectivo
Y á todos los anticuarios
Los ataque lanza en ristre
Y no quede de ellos ni átomo,
Porque los que andan cogiendo
Escudos, monedas, cuadros,
Esmaltes, bronces, casacas,

Tapices flamencos, platos,
Libros de caballería
O algún códice hecho á mano,
Por Jove, que me parece
Que de juicio no están sanos,
Y sería conveniente
Ponerlos á buen recaudo
Para que nunca volvieran
Hacer más desaguizados.
Eso, añadió el de las lanas,
Mordiéndole en un zancajo,
No lo verás, porque aunque haya
Cual tú, muchos mentecatos
Que ignoren lo que es el arte
En sus conceptos variados
Brotarán admiradores
Que rindan culto al pasado
Y aprecien en lo que valen
Los artísticos trabajos,
Porque son éstos la norma
Del laborioso artesano.
Además ¿qué es lo que pierde
El mundo porque guardados
Estén en los anaqueles
Los objetos estimados
Que de nuestros ascendientes
Fueron un día el encanto?
¿Tú no has visto en el Museo,
Que se levanta en el Prado,
Pinturas de gran valía
De Murillo y de Ticiano,

De Rosales y Rivera,
De Plasencia y de Casado,
Que en la pictórica escuela
Ocupan el primer rango?
Pues eso sólo es debido
A que unos aficionados
Las buscaron presurosos
Y fueron coleccionando,
Y á no haber sido por ellos
No las tuviera el Estado.
Vaya, ¿qué dices á eso?
¿Opinas que aún somos malos
Y que tenemos los sesos
Un poquito trastornados?
No supo qué contestar
El burro, y de ira, cegado
Dió un prolongado rebuzno,
Alzó las patas en alto
Y soltó al perro dos coces
Que le dejaron temblando.

*Quien se meta á cuestionar
Con criticos no ilustrados,
Hallará seguramente
La contestación del macho.*



FÁBULA LVIII.

EL SUICIDIO.

Estoy tan desesperado
Que voy á pegarme un tiro.
¿Pues qué te ocurre? Fabricio,
Que se me ha muerto mi padre,
Mi progenitor querido,
Y me queda en este valle
De lágrimas y suspiros
Sin tener quien me dé pan,
Ni educación ni cariño;
Y juzgando que no existe
Dolor como el dolor mío,
He pensado seriamente
Poner fin á mi destino
Buscando en una pistola
La calma que necesito.
—Tal modo de proceder
Es impropio de un buen niño
Y de todo el que no tenga
Trastornados los sentidos.
¿Serás tan desmemoriado
Que no te acuerdes del quinto
Mandamiento del Decálogo
Que nos prohíbe el suicidio?
¿Ignoras que hay otra vida

Donde irías derechito
A sufrir eternamente
El más horrible castigo
Por haber llevado á cabo
Tan tremendo desatino?
En vez de desesperarte,
Lo que debes hacer, chico,
Es impetrar de lo Alto
El espiritual auxilio
Para llevar con paciencia
Ese pequeño perjuicio
Y obrando de esta manera
Puedes estar convencido
De que el que viste en el campo
A las rosas y á los lirios,
Aquél que cuida amoroso
De los tiernos pajarillos
Y les da calor y aliento
Y los mantiene en el nido,
Nunca deja abandonado
Al que se encuentra afligido.
Y en fin, demasiado sabes
Que ni he sido ni soy rico,
Pues me negó la fortuna
Sus veleidosos caprichos;
Mas á pesar de todo esto,
Te ofrezco mi pobre asilo
Donde hallarás noche y día
Mi protección y mi abrigo.
¿Lo aceptas?

—Te doy las gracias;

Pero desde que me has dicho
Esas sublimes palabras,
Que jamás había oído,
Me hallo ya tan resignado
Que de mis planes desisto.
Imploraré una limosna,
Trabajaré lo preciso
Para ser en sociedad
Un miembro decente y digno,

*Y siempre tendré presente
Que mi salvador has sido,
Pues tu acertado consejo
Me libertó del peligro.*



FABULA LIX.

LOS DOS CRONÓMETROS.



Con un áncora Losada
Un reloj de sol reñta
Y á éste aquélla le decía:
Calla, que no vales nada.

¿Cómo quieres competir
Con mis tapas de oro fino,
Con mi acero Bilbaino
Y mis centros de zafir?

Por mi construcción extraña,
Que es un prodigio del arte,
Me buscan en cualquier parte
Dentro y aún fuera de España.

Y me acaricia en su mano
La señora de más tono
Y hasta me sienta en el trono
De su córte el Soberano.

Mientras tú, ¿qué materiales
Tienes en tu construcción?
La esfera y el Gnomón,
Que no valen siete reales.

¿Quién anhela tu presencia?
¿Quién te busca? ¿quién te abona?

La multitud pobretona
Sin posición y sin ciencia.

Por Losada.... ¿acaso ignoras
Que cuando no brilla el sol
Necesitas un farol
Para marcar bien las horas?

Pardiez que en mí ya mengua
Que tanto te haya escuchado,
Sin haberte ya arrancado
Por insolente la lengua.

El áncora era muy fina,
Y tanto, tanto ella habló,
Que en un esfuerzo estalló
Su gran rueda Catalina.

Un ¡ay! se la oyó exclamar,
Y desde aquel mismo instante,
Ni hacia atrás ni hacia adelante
Un minuto pudo andar.

Notó el de sol el chasquido
Que hizo, al romperse, la rueda,
Y dijo al áncora: queda
Nuestro enfado concluido.

Pues de un modo incontestable
Hoy me indica tu fractura
Que es en lo humano, locura
Luchar con lo perdurable.

A tí te dió movimiento
El miserable metal
De vida tan terrenal
Que sólo dura un momento.

Mientras que á mí me le da

El sol brillante y fecundo,
Que mientras exista el mundo
Al mundo su luz dará.

*Simbolo son, en verdad,
De ello virtud y hermosura:
Que ésta poquísimo dura
Y aquélla.... la eternidad.*



FABULA LX.

EL CONEJO Y EL PERRO.

¿Con que en vez de batirte vas huyendo?
El lebel al conejo le decía:
Y el conejo al lebel le respondía:
Yo no huyo, sino que me defiendo.

Has de saber que cuando yo contiendo
Ni soy cobarde, ni uso alevosía;
Pero sé que es la misma valentía
Luchar parado que luchar corriendo.

Y si no, dime tú: cuando algún hado
Te persigue feroz, vil é inhumano,
¿Qué haces entonces?—Marcho presuroso
Por librar de sus garras vivo y sano,
Pues juzgo que el correr no es deshonroso
Cuando así venzo á mi opresor tirano.

—Luego, si tú también en la carrera
Hallas tu salvación á qué censuras
Que me defienda yo de igual manera?



FABULA LXI.

LA NIÑA, LA ABEJA Y LA MARIPOSA.

Celia vió que entre rosas
sutil volaba
alegre mariposa
de blancas alas
y con ternura
dijo: este es el emblema
de la hermosura.

Anduvo un corto trecho
y vió una abeja
que de polen llevaba
las patas llenas
y exclamó: creo
que este es el prototipo
de lo más feo.

Mirando allá en el fondo
de una colmena
vió un panal fabricado
con miel y cera,
y ella creía
que la mariposilla
sólo le haría.

Y al notar que la abeja
le elaboraba
y que la mariposa
no hacía nada,
con inocencia
prorrumpió: yo he juzgado
por la apariencia.

Desde aquel día Celia
sabe que todo
aquello que reluce
no siempre es oro,
que hay quien con maña
mostrando falso brillo
con él engaña.



FÁBULA LXII.

LA BATIDA.

Un domador afamado
Vió en el desierto de Sahara
Que las más terribles fieras
En libertad se criaban:
Y queriendo por la astucia
Ver si daba á algunas caza,
Diestramente armó los lazos,
Los reclamos y las trampas.
¿Qué vas á hacer? preguntóle
Cierta tigrè de Bengala
Que hasta allí había llegado
Siguiendo á una caravana;
Yo, contestó el cazador
Voy á ver si me doy maña
De coger á las que sean
El terror de esta comarca.
Juzgo repuso el segundo
Que tu empresa saldrá vana:
¿No ves que las fieras viejas
Conocen las emboscadas
Y se burlan de las redes
Que el cazador las prepara,
Y si pueden le dan muerte

Con los dientes y las garras?
Tú cogerás, á lo sumo,
A aquellas reses incautas
Que aún no han probado la sangre
De palpitantes entrañas.
¡Ah! el cazador prosiguió
Con alegría extremada:
Aunque no cace más que esas
Con ellas me sobra y basta:
Pues si ellas hoy no hacen daño
Porque inocentes se hallan
Tampoco podrán hacerle
Seguramente mañana,
Cuando con mi educación
Las quede tan reformadas
Que duden los que las vean
Si son dañinas ó mansas:
Que el que, siendo niño, aprende
Las más saludables máximas
Llega á ser hombre y no olvida
Las lecciones de la infancia.
Ahora bien, queridos niños:
Si habeis leído mis fábulas,
Habreis llegado á observar
Desde la primera página
Que en todas he procurado
Poner la moral más clara
Y provechosa enseñanza.
Dudo si habré conseguido
El fin que á ello me guiára:
Si en mi difícil empresa

No hubiera logrado nada,
Sabed que mis intenciones
Han sido y son siempre sanas:
Que el más sabio se equivoca
Y en mí hay sobrada ignorancia;
Pero si por mis consejos
Huís del vicio que infama
O adquirís esas virtudes
Que tanto al joven ensalzan,

*Estas humildes tareas
Las doy por bien empleadas
Y de inefables delicias
Quedará inundada mi alma.*



LA INDEPENDENCIA.



Soñó Napoleón una quimera
Al pretender en su orgulloso anhelo
Que en el orbe tan sólo un rey hubiera,
Así como hay un Dios solo en el Cielo,
Que todos los poderes asumiera
Desde su trono con potente celo,
Y que todas las testas coronadas
Ante la suya fueran destronadas.

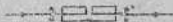
Y no olvidaba nunca aquel coloso
Los gratos sueños de ilusión dorada:
De corazón guerrero y ambicioso
A quien jamás la suerte negó nada,
Su plan llevaba á cabo presuroso
Confiado en la fuerza de la espada
De su tropa curtida ya en la guerra,
Y emprendió la conquista de la tierra.

Y soberbio y audaz se vino á España,
Creyéndose que en ella no hallaría
Ningún competidor en la campaña,
Y que á punta de lanza llevaría
El bélico terror y cruda saña
Desde el cántabro mar al mediodía.
Venir, luchar, vencer sin resistencia
Era del nuevo César la creencia.

Mas el león de Iberia rugió fiero
Dando el grito de alarma: á su rugido
Todo el pueblo español cogió el acero
Y se lanzó á la lucha decidido,
Demostrando á la Francia que primero
Muerto prefiere ser, á ser vencido,
Y que le sobran bríos y arrogancia
Para cruzar sus armas con la Francia.

Tamames, Tarancón y Talavera,
Arapiles, Madrid, Ciudad-Rodrigo,
Zaragoza, Bailén, Gerona, Albuera,
San Marcial y Alcañiz, fueron testigo
De la inmensa derrota que sufriera
El águila imperial del enemigo
Que entre lluvia de aceros y de balas
Quedó cortada el pico, garras y alas.

¡¡Castaños, Daoiz, Pita, Velarde,
Pineda y Palafox!!: vuestra memoria
Es digna que la esculpa y que la guarde
En sus anales la española historia
Con noble orgullo y con sublime alarde
Como recuerdo de envidiable gloria,
Por que librasteis á este suelo hispano
Del yugo infame de opresor tirano.



LA IGNORANCIA.

—♦♦♦—
SONETO.

Ya blandiendo el puñal del asesino
O ya agitando la incendiaria tea,
Llena de andrajos, desgrefñada y fea,
Y envuelta en horroroso torbellino,

Marcha veloz sin rumbo ni destino
Llevando—cual espíritu que crea—
Del dolo y de los crímenes la idea,
Que cruel la acompaña en su camino.

No tiene más placer ni más oficio
Que incitar á la débil criatura
A que odie la virtud, á que ame el vicio,

Con lo cual á mansalva le asegura
La cárcel ó el cadalso, atroz suplicio,
Colmo fatal de humana desventura.

~~~~~



# IMITACIÓN.

*Queste que vedi, oh Fabio! aime infelice,  
Campagne solitarie, colle adusto  
Furo una volta Itálica superba.  
(Rioja.—Ruinas de Itálica).*

## I.

Esta, Fabio, ¡ay dolor!, que ves ahora  
Mansión oscura, endeble y reducida  
Situada sobre angosta callejuela...  
Esta, Fabio, es la Escuela,  
Donde la patria tiene amontonados  
A los niños hermosos é inocentes  
Para que en ella sean educados  
De modos diferentes,  
Y en ella pasen seis horas al día  
Sin poder respirar el aire puro,  
Que de salud los llene de alegría.  
Mírala, Fabio, si mirarla puedes,  
Llena de arañas el rajado muro,  
Deslucidas y negras sus paredes:  
La teja vana cubre el bajo cielo,  
Y hecha con arte por demás sencillo  
Era antaño la puerta un viejo trillo,  
Que arrastraba las mieses por el suelo;.....  
Mas no te asustes, que en España entera  
Las Escuelas no son de otra manera.

II.

Este que ves, anciano y achacoso,  
Flaco por la abstinencia y el ayuno,  
Que parece, más que hombre, frío espectro...  
Pues ese es el Maestro,  
Que siguiendo los pasos de la ciencia,  
Para cumplir con su misión honrada,  
Ilustra á la niñez á él confiada  
Con loable paciencia.  
Se ha apoderado de él tanta miseria  
Que ya duda hasta el más inteligente  
Si es espíritu sólo, ó es materia.  
¿Y cómo no, si cuanto más se afana  
Se encuentra cada vez más indigente  
Con el mezquino haber que el pobre gana?  
El destino le tiene condenado  
A vivir en perpetua desventura  
Y á sufrir del tormento la amargura  
Como un sér miserable y despreciado.  
¡¡Desdichado mortal!! su triste vida,  
Es de muy pocos, Fabio, conocida.

III.

¿Ves ese hotel do esbelta arquitectura  
Parecido á un magnífico palacio  
Que el sol radiante le ilumina y baña?..  
Es el Banco de España,  
Construido hace poco de expreso

Con tal lujo de adornos y grandeza  
Cual nunca pudo hacer con su riqueza  
El millonario Creso,  
Para archivar en él ese tesoro  
Conocido en el mundo con los nombres  
De crédito y papel, de plata y oro.  
Le hacen guardia de honor unos soldados  
A fin de que no entren ciertos hombres  
Con instintos perversos y malvados.  
En aqueste edificio tan seguro  
Tiene el Gobierno un útil tesorero  
Que le da anticipado su dinero  
Cuando el Estado se halla en un apuro.  
Edificios como este, amigo Fabio,  
Son los que busca el hacendista sabio.

#### IV.

Este, Fabio, que alegre se pasea  
En soberbio landó de muelle asiento  
Cual si de la Bretaña fuera un Lor.....  
Es el Recaudador  
De ese Banco de España ya citado,  
Que antes sumido estaba en la indigencia  
Y hoy en el fausto vive y la opulencia  
Como un gran potentado.  
Su principal, el Banco, generoso,  
Le proporciona los mejores medios  
Para que siempre viva poderoso,  
Tranquilo, descansado, independiente,  
Con el sueldo crecido y los apremios

Que paga todo el que es contribuyente.  
Desde el obrero hasta el que viste toga,  
En España no hay clase ninguna  
A quien más favorezca la fortuna  
Y lleve sus negocios más en boga.  
Que el Banco la política domina  
Y encuentra una influencia en cada esquina.

V.

Ahora bien, caro Fabio: ya que has visto  
Aquella casa que por todos lados  
Las injurias del tiempo han abatido  
Y que al notorio olvido  
La relega el Gobierno que hoy impera:  
Y aquel alcázar bello y suntuoso  
Que se alza en el espacio majestuoso  
Cual se eleva en el aire la palmera  
Y que merece elogios y atenciones  
Como si fuera un ídolo pagano  
Capaz de recibir adoraciones:  
Ya que también has visto esas figuras  
Símbolo la una del orgullo humano  
Y la otra emblema de desgracias duras,  
Saca la consecuencia tú, si quieres,  
Y dime luego si en la culta España  
El Magisterio no es una cucaña  
Sobada por los públicos poderes,  
Por más que optimismo refinado  
Nos anuncie que se halla muy mimado.

---

---

## LOS NIÑOS.

— \* —  
SONETO.

Por la calle, la playa ó la ribera  
Vedlos cruzar alegres y sencillos,  
Cual triscan los hermosos corderillos  
En el verde matiz de la pradera.

Su favorita ocupación primera  
Es huir de la Escuela, hacer novillos,  
Y destruir los nidos y los grillos  
En verano, en otoño, en primavera.

Aquí riendo, más allá llorando,  
Entre azotes, caídas y pedradas  
En las garras del tiempo van dejando  
De la niñez las horas olvidadas.

Dichosa edad, ¡¡qué cándida y qué bella!!  
No debieran salir nunca de ella.



EXCMO. SR. MINISTRO DE FOMENTO.



EXCMO. SR.:

Juan Delgado de Canillas,  
Natural de Cabañuelas,  
De edad de veintitres años  
Y de profesión Maestro  
De la villa de Argensola,  
Donde me encuentro soltero,  
A Vuestra Excelencia expongo  
Con todo el mayor respeto:

Que apenas puedo vivir  
Con el miserable sueldo  
De dos mil quinientos reales  
Que gano de Enero á Enero,  
Pues sólo por pupilaje  
Satisfago cuatro y medio  
Diarios á la patrona  
Para el preciso sustento,  
Quedándome los restantes  
(Dos y treinta y cuatro céntimos)  
Para liquidar las cuentas  
Del sastre y del zapatero,  
A fin de andar con decencia  
Cual reclama el Magisterio,  
—Sopena de andar descalzo—  
Y hecho un Adán por el pueblo—  
Y para el pago de igualas

Del Médico, del Barbero,  
Del Cirujano y Botica  
Y otros picos no pequeños  
Cuales son contribuciones  
De consumos y correos:  
De modo que nunca fumo,  
Ni voy al café, ni juego  
Ni puedo adquirir la bula,  
Ni cometer un exceso,  
Ni dar una perra á un pobre  
Porque ni una perra tengo.

Por esta causa, á Vucencia  
Humildemente le ruego,  
Que al arreglar las cuestiones  
De su grande Ministerio  
Me dispense el alto honor  
—Que anticipado agradezco—  
De ordenar que se me dé  
Algún otro emolumento  
Con que poder subsistir  
Sin trampas y sin empeños.

Si así lo hiciere Vucencia,  
Hallará el premio en el cielo;  
Pero si no ve prudente  
Acceder á mis deseos,  
Me pondrá en el triste caso  
—Famélico sin ejemplo—  
De comerme un par de chicos  
Cada día (por lo menos)  
Después de haberme tragado  
Las mesas y los tinteros,

Los carteles y las muestras  
Los libros y los tableros.

Es gracia que de Vucencia  
Impacientemente espero,  
Y Dios le guarde la vida  
Sin llegar á ser Maestro,  
Porque si llega Vucencia  
Lo pasa muy mal por cierto.

Argensola á diez de Junio  
Del año que marca el sello,  
Juan Delgado de Canillas  
Y delgado de..... pescuezo.





## CALDERONIANA.



Cuentan de un Maestro que un día  
Tan pobre y mísero estaba  
Porque el sueldo no cobraba,  
Que el infeliz se moría.  
¿Habrá otro ser, se decía,  
Que pueda igualarme? no;  
Y apenas lo pronunció,  
De su habitación saliendo  
Una Maestra gimiendo  
Le dijo al instante: yo.



## LA REDENCION.

---

### I.

Estaba escrito: morirá el Mesías,  
El Hijo de Dios vivo, el esperado,  
Conforme al mundo había ya anunciado  
La inspiración sublime de Isatas

En varias y solemnes profecías:  
Y así sucedió al fin: como un malvado  
Fué por crueles jueces sentenciado  
A morir entre horribles agonías.

Porque era de virtudes fiel modelo  
Y abominaba el lujo y la riqueza  
Enseñando que sólo allá, en el cielo,

Encuentra el hombre de inmortal grandeza,  
Los viciosos romanos, por el suelo  
Pidieron que rodára su cabeza.

### II.

Y después que á traición le sorprendieron,  
Y con fuertes cordeles le amarraron,  
Y con impía saña le azotaron,  
Y de un modo cruel le escarnecieron,

Cuando triste y exánime le vieron  
Su sacra vestidura le arrancaron  
Y no bien de su cuerpo la quitaron  
A la suerte, entre sí, la repartieron.

Presa de infame y criminal locura,  
No contentas aún aquellas hienas  
Anhelaban verter la sangre pura  
—Que casi circulaba por las venas—  
Del mártir, que inundado de amargura  
Apuró todo el cáliz de las penas.

### III.

Y en efecto: aquel Dios de mansedumbre  
Con mortales angustias ya transido  
Marchó luego al suplicio conducido  
Por la vil é insaciable muchedumbre.

Y clavado del Gólgota en la cumbre  
En afrentosa cruz... fué suspendido...  
Con puntiagudo acero el pecho herido...  
Y tranquilo expiró. La roja lumbre,

Del astro rey cesó en señal de luto  
Cubriendo espesa sombra el firmamento,  
Y hasta rindiendo fúnebre tributo

Tembló de las esferas el cimiento.  
El mar, la luz, la tierra suspiraban  
Porque á su Dios cadáver contemplaban.

### IV.

¿No oyes, Jerusalén, el ronco grito  
Que el universo dolorido lanza  
Y el eco repercute en lontananza  
Por la vasta región de lo infinito?

Tu crimen espantoso é inaudito  
Al Cielo clama colossal venganza,  
Y tu ruina total próxima avanza,  
Pueblo deicida, bárbaro y maldito.

Murió Jesús. Junto á su tumba fría  
El dragón infernal quedó vencido  
Y del poder tirano que ejercía

Para siempre quedó destituido:  
Que Jesús con espíritu fecundo

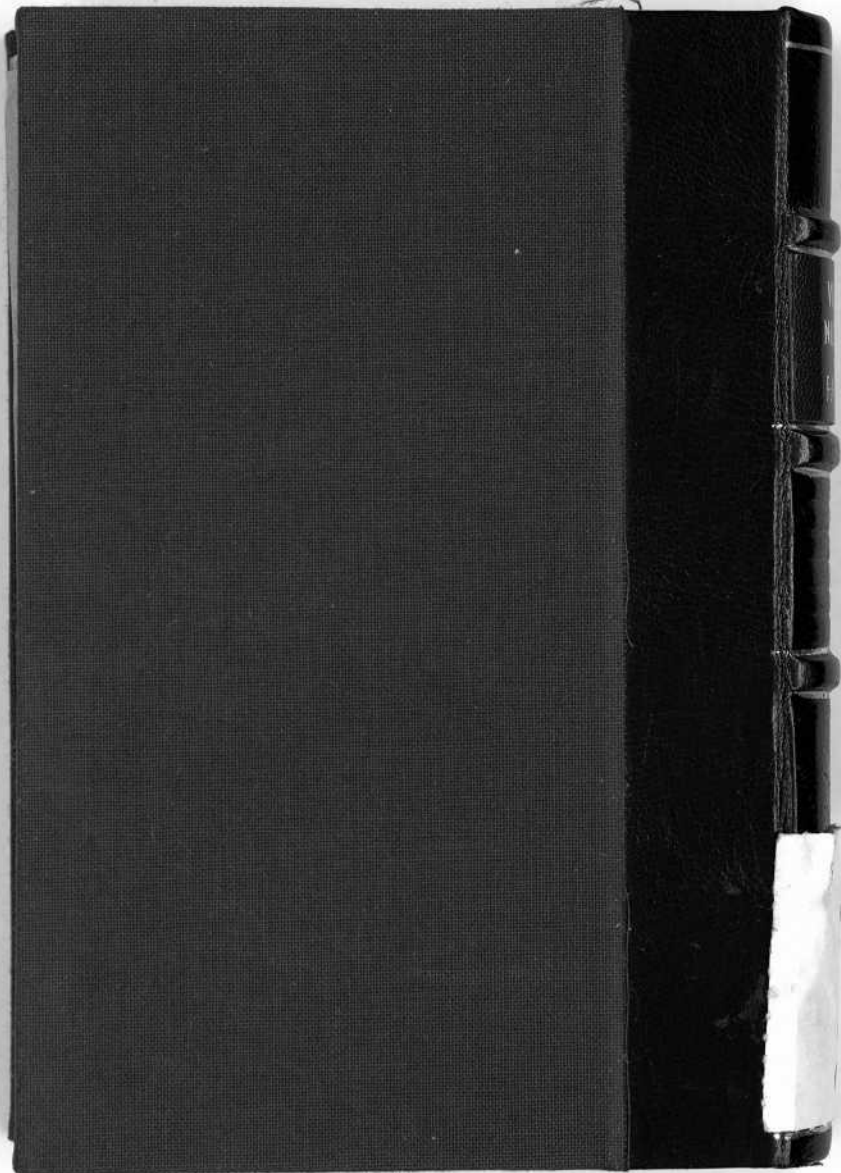
— Murió en la cruz para salvar al mundo.













VICENTI  
NUGARD  
—  
FABULA

G 288915